

(73)
973
D348
v.2

Carl N. Degler

HISTORIA DE ESTADOS UNIDOS

*El desarrollo de una nación
(1860-1985)*



EDITORIAL ARIEL, S. A.
BARCELONA

que la sustitución de las viejas costumbres por otras nuevas no es ni una fusión ni una mezcla.

Como ya hemos visto, algunas de las costumbres de los países de procedencia no se abandonaron; en estos ejemplos, los hijos de los inmigrantes conservaron sus diferencias incluso hasta la tercera y la cuarta generación. A la vista de ese fracaso para mezclar y fundir, la metáfora del crisol es desafortunada e induce a error. La ensaladera constituiría una analogía mucho más adecuada, puesto que, aunque la ensalada conforma una entidad, en ella puede distinguirse perfectamente la lechuga de la achicoria y los tomates de la col.

Al contrario de la concepción que implica la metáfora del crisol, la civilización estadounidense no ha sido homogénea ni uniforme; incluso hoy está definida por la diversidad y el pluralismo. Esto es algo evidente en cualquier lugar que miremos: en las variedades de lenguas, de alimentos y de restaurantes, de religiones y festivales, de periódicos y de libros, de vestidos y de bailes, de formas literarias y teatros. Aunque sin duda, en Estados Unidos, se han perdido algunos de los hábitos y de las costumbres de los inmigrantes, en otros casos no ha sido así; y se mantienen no fundidos en una nueva síntesis cultural, sino conservados como vestigios vivientes de numerosas culturas, salpicando y animando la corriente más amplia del modo de vida estadounidense. Como resultado de estos pedazos de culturas extranjeras resistentes y no digeridos dentro de Estados Unidos, la cultura estadounidense ha sido más colorista, más cosmopolita y más diversa que la de cualquier otro pueblo desde los tiempos de Trajano y Adriano en adelante hasta la creación del Israel moderno. Están desapareciendo algunos de los vestigios vivientes de la enorme corriente migratoria procedente de Europa, como ha ido sucediendo por ejemplo con los periódicos en lenguas extranjeras durante la última década o quizá un poco antes. Pero al mismo tiempo, otros inmigrantes procedentes de tierras alejadas de Europa han ido creciendo en número desde la década de 1960. Por ejemplo, durante la década de 1970, alrededor de un tercio de los cuatro millones de recién llegados procedía de Asia, incluido Vietnam, mientras que otra tercera parte venía de México y de las islas del Caribe, incluida Cuba. En resumen, todavía no se ha acabado ni el antiguo atractivo de Estados Unidos ni la diversidad étnica de su cultura.

5. ¿QUIÉNES SON LOS ESTADOUNIDENSES?

Podría haberse esperado una reacción por parte de la población autóctona desde el momento en que comenzaron a extenderse por todo el país extranjeros de diferentes procedencias y extraños, congregados en ciudades, votando en organizaciones políticas, influyendo en las elecciones, abriéndose camino en las fábricas y en las granjas. No es por ello sorprendente que los dos grandes estallidos de xenofobia —entre 1830-1860 y 1890-1914— coincidieran con los momentos culminantes del movimiento migratorio. A los estadounidenses más viejos les preocupó siempre el número de los recién llegados.

El más antiguo de los dos movimientos contra los inmigrantes, el de los nativistas o «agnósticos», como comenzaron a llamarse en la década de 1850, se dirigió fundamentalmente contra la creciente influencia de la inmigración en la política y del resurgir repentino de la Iglesia Católica Romana, del que la inmigración era responsable en buena medida. A pesar del peligroso aspecto que adquirió el movimiento en la década de 1830, cuando recurrió a la violencia de las masas contra los católicos y los inmigrantes, el principal objetivo que animó al movimiento nativista de la década de 1850 fue la eliminación de los extranjeros como fuerza política. Por esta razón el punto fundamental del programa del Partido Agnóstico recogía el incremento del período de naturalización de los cinco a los veintiún años y la exclusión de los nacidos en el extranjero de la administración pública. En contraste con otros movimientos posteriores, los agnósticos en ningún momento buscaron la restricción de la corriente migratoria hacia el país. Existían razones económicas compulsivas que explican esta situación —la más importante de ellas sin duda la necesidad de mano de obra—, pero se sigue manteniendo el hecho de que el agnosticismo no fue un movimiento restrictivo, aparte los demás puntos que defendiera en su programa.

Más aún, la naturaleza del movimiento agnóstico está muy lejos de ser sencilla. Aunque sólo sea por su veneración a los antepasados extranjeros, los estadounidenses están siempre dispuestos a entender la respuesta nativista o agnóstica a la inmigración como el cuento de una simple intolerancia; pero un examen crítico de ese movimiento, del que aquí únicamente podemos ofrecer un apunte, nos sugiere que estaba impli-

cado algo más importante que la influencia corrosiva de la intolerancia.

La historia del nativismo en Massachusetts nos ofrece un buen ejemplo del complejo carácter de la reacción nativista frente al inmigrante. En la década de 1850, los nativistas de Massachusetts formaban en realidad una coalición de dos grupos bastantes diferentes: los *whigs* de la antigua línea, que estaban preocupados por el creciente número de irlandeses en aquel estado, y los *whigs* liberales y los demócratas interesados en contrarrestar la política conservadora del Partido Demócrata dominante. Desde el momento en que los irlandeses eran casi invariablemente demócratas, y conservadores, fue posible que los *whigs* conservadores, los *whigs* liberales y los demócratas se unieran en un frente común contra los demócratas conservadores y los irlandeses, aunque fuera por razones distintas. Para los reformadores sociales y los liberales, aunque a muchos de ellos les disgustaba la intolerancia de los nativistas acérrimos, la unión con los agnósticos o con el Partido Estadounidense se justificaba en parte por el interés de la reforma como único medio práctico para reunir a los divididos oponentes del Partido Demócrata conservador. La estratagema funcionó y el Partido Estadounidense comenzó a gobernar en 1855.

Los acontecimientos que siguieron a la elección demuestran que se trató más de una victoria de la reforma que de la intolerancia. La legislatura de los agnósticos no puso en práctica ley nativista alguna, pero aprobó varios proyectos reformistas: la protección a los esclavos fugitivos y a los negros libres, las mejoras en el sistema educacional y de los jurados, y el aumento de los derechos de la mujer. A la vista de este trasfondo no parece tan extraño que un antiesclavista convencido y dirigente reformista como el senador por Massachusetts Henry Wilson estuviese dispuesto a unirse con los agnósticos de ese estado.

Es evidente que no se pueden incluir a todos los nativistas dentro de este modelo, pero aquellos que sí lo están demuestran que en la reacción nativista ante el inmigrante había algo más que un simple miedo a lo nuevo y lo diferente; en algunas ocasiones se trataba del reconocimiento de que el extranjero era un conservador innato y, por tanto, un obstáculo a la reforma.

Por debajo de las manifestaciones políticas provocadas por la ansiedad de los autóctonos a la vista de los forasteros, descansaba el hecho innegable de que los inmigrantes eran

diferentes. Su vestimenta era curiosa, el lenguaje desconocido o con acentos equivocados, su religión estaba en ocasiones saturada por los recuerdos sangrientos de las luchas religiosas del siglo XVI, y lo que quizá era más inquietante para los nativos, las fiestas, como las reuniones en jardines con abundantes libaciones de cerveza y las juergas del día de San Patricio, les parecía que estaban en amplio desacuerdo con lo que en Estados Unidos se consideraba moral. A un pastor de la Iglesia Alemana que viajaba por Estados Unidos, le dijeron, por ejemplo, unos inmigrantes que «nosotros no podemos trabajar con los estadounidenses; son demasiado buenos para nosotros. Nos miran como si fuésemos los mayores pecadores de este mundo si se nos ocurre beber un vaso de cerveza o si celebramos una fiesta el domingo por la tarde».

Ajenos a la aversión que estos extranjeros parecían provocar en los estadounidenses, los agnósticos fracasaron en la consecución de cualquiera de sus objetivos, y el movimiento declinó aun con mayor rapidez de la que se había originado. Más aún, el apoyo entusiasta de los inmigrantes a la causa de la Unión en 1861 eliminó durante una generación las últimas trazas del nativismo público. No sería hasta que, en la última década del siglo, una nueva oleada de inmigrantes comenzó a romper contra las tierras estadounidenses cuando tuvo lugar un significativo resurgir de un sentimiento anticatólico y xenófobo comparable al de las décadas de 1830 y 1850.

Como complemento de los agnósticos a finales del siglo XIX apareció la Asociación Protectora de Estados Unidos. Esta organización era más anticatólica que antiinmigrante, pero, como en la mentalidad pública ambos fenómenos estaban estrechamente relacionados, no se hizo distinción verdadera alguna entre ellos. La Asociación llegó a ser notoria por sus medias verdades y falsedades a propósito de los males y de la propensión a la subversión de la Iglesia Católica Romana. Esta ruidosa intolerancia, sin embargo, era más una vuelta atrás hasta lo peor del nativismo que una nueva manera de enfrentarse a la influencia de los inmigrantes en Estados Unidos.

Durante los primeros años de esta «nueva» inmigración, se desarrolló también un movimiento mucho más amplio, pero mucho menos organizado que la Asociación Protectora de Estados Unidos, y que además estaba destinado a alcanzar su objetivo. Fue un movimiento dirigido a imponer restricciones al número y a la clase de gentes que podían entrar en Estados Unidos: una aproximación al inmigrante nueva

para el pensamiento estadounidense. El primer paso concreto en esta dirección se dio en 1882, cuando el Congreso, haciéndose eco de los temores de los californianos y de los habitantes de otros lugares, prohibió la futura inmigración de chinos.

Durante los años que faltaban para acabar el siglo, cierto número de grupos y de organizaciones con bases muy amplias mostraron una preocupación cada vez mayor acerca de los posibles cambios y peligros que la creciente oleada inmigratoria podía suponer para la sociedad estadounidense. Por ejemplo, los hombres de negocios, aunque situados ante el dilema de su propio interés económico por la mano de obra barata inmigrante y el temor a los disturbios sociales provocados por los extranjeros, comenzaron a hacer declaraciones en favor de alguna clase de restricciones a la inmigración. De manera parecida, los dirigentes obreros se encontraban también divididos en ese asunto, pero a finales del siglo XIX los sindicatos organizados estaban en favor de limitar la inmigración. Ésta fue la postura de T. V. Powderly, de los Caballeros del Trabajo, en 1892, y la misma posición adoptó la Federación Estadounidense del Trabajo en 1897.

Este movimiento recibió un espaldarazo intelectual por parte de hombres como los profesores John W. Burgess, de Columbia, y N. S. Shaler, de Harvard, F. A. Walker, presidente del Instituto de Tecnología de Massachusetts, y por el senador Henry Cabot Lodge, de Massachusetts. Estos cultos caballeros y otros como ellos predicaron durante años el evangelio de la herencia anglosajona de los estadounidenses, y advirtieron en tonos elegantes contra la degradación que esperaba al país si no se tomaban medidas frente a la oleada inmigratoria, particularmente frente a aquella que procedía del este y del sur de Europa.

Pero es que, además, el «anglosajonismo», al tiempo que académico, era popular. Fue claramente aceptado, por ejemplo, por la nativista Orden Juvenil de Mecánicos Unidos, que en 1914 contaba con doscientos veinticuatro mil miembros. El capellán de la orden dijo ante una comisión de la Cámara que le gustaría ver a aquella clase de inmigrantes «venir de donde nosotros vinimos [...]. Yo me enorgullezco de mi parentela —señaló—. Por una de las líneas mi antepasado era alemán, y por la otra era inglés [...]. Ésa es la clase de gente que nosotros podemos absorber [...]. Pertenecían a esa raza independiente [...] que [...] llegó con la idea me-

tida ya en el corazón y en la mente de las bellezas del autogobierno».

Para conseguir el objetivo dual de limitar el número y, al mismo tiempo, llevar a cabo una discriminación entre gentes deseables e indeseables, los abogados de la restricción eligieron como prueba el texto literario. Gracias a los sistemas educativos populares de las naciones del norte y el oeste de Europa, los inmigrantes procedentes de esos países serían capaces de pasar una prueba de esa clase, pero no sucedería lo mismo con aquellas otras gentes que venían de países más atrasados como los del este y el sur europeos. La prueba literaria proporcionaba la trampa adecuada para satisfacer el prejuicio étnico de los restriccionistas.

En tres ocasiones se enviaron al Congreso medidas para imponer una prueba literaria de esa clase debido a la preocupación pública sobre la capacidad de Estados Unidos para absorber tantas diferentes clases de gentes, y fueron vetadas otras tantas veces. Al dirigirse al Congreso con motivo de su veto de 1915, Woodrow Wilson habló en estos términos en favor de sus antecesores: las pruebas literarias representan «un cambio radical en la política de la nación». Hasta ahora, señaló, hemos mantenido fuera de nuestras fronteras únicamente a los incompetentes, a los enfermos y a los anarquistas. «En esta ley se propone dejar a un lado las pruebas sobre el carácter y las cualidades e imponer pruebas que excluyan y restrinjan; puesto que las leyes aquí recogidas no proponen pruebas de calidad, de carácter o de aptitudes personales, sino que se trata de pruebas de oportunidad. Aquellos que vienen buscando una oportunidad —señaló ante el Congreso— no deben ser admitidos a menos que ya hayan conseguido una de las principales oportunidades que buscan, la oportunidad de la educación. El objetivo de tales medidas —observó con absoluta corrección— no es la selección, sino la restricción.» Pero los vetos fueron acciones conjuntas únicamente temporales; la prueba literaria se convirtió en ley en 1917, después del segundo veto de Wilson.

Los argumentos en apoyo de la restricción no se detuvieron con las pruebas educativas. Algunos dirigentes, como Madison Grant, patricio neoyorquino y presidente del Museo de Historia Natural, incluyó la peligrosa doctrina de la raza en el problema de la inmigración. «Los rasgos mentales, espirituales y morales —afirmaba Grant en 1916— se hallan relacionados estrechamente con las características físicas de las diferentes razas europeas. La raza alpina [es decir, la de los

Europeos orientales] ha sido siempre y en cualquier lugar una raza de campesinos [...]. Los nórdicos son, en todo el mundo, una raza de soldados, marineros, aventureros y exploradores, pero, por encima de todo ello, de gobernantes, organizadores y aristócratas, en pronunciado contraste con el carácter esencialmente campesino de los alpinos.»

Puntos de vista racistas como el de Grant no quedaban limitados sólo a los grupos de estudiosos o a ser tratados en una selecta reunión; existieron variantes que encontraron un buen recibimiento en la sede del gobierno. «Nuestra capacidad para conservar nuestras queridas instituciones permanece diluida por una corriente de sangre extranjera, con todas sus erróneas interpretaciones a propósito de la relación existente entre el poder gobernante y los gobernados», sostenía en 1927 el congresista Albert Johnson, presidente de la Comisión de Inmigración del Congreso. A partir de ahí, los negros habían sido el principal objetivo de la mentalidad racista, pero, bajo el impacto de la nueva inmigración, tal pensamiento se aplicó también a los recién llegados. En resumen, el racismo que una vez había estado limitado a la actitud de los blancos para con la gente de color, ahora se había extendido hasta incluir también ciertas clases de inmigrantes.

En la década de 1820 se daría el paso principal para restringir la inmigración. Después de haberse estado discutiendo durante toda una generación acerca de las características raciales y de la capacidad de la sociedad estadounidense para asimilar a ciertas nacionalidades, iba a adelantarse que la restricción no se limitaría a una reducción exclusiva en el número de inmigrantes. Claro que la ley de 1924 tomaba las medidas necesarias para asegurar una fuerte reducción en el número de inmigrantes; en el país no podían entrar más de ciento cincuenta mil por año, aunque en una fecha tan reciente todavía como 1921 habían llegado unos ochocientos mil. Pero aun más significativa que la enorme restricción en cuanto al número fue el tremendo esfuerzo de la ley para hacer frente a la cuestión que planteaba la inmigración del oeste de Europa contra la del sur, que había constituido siempre la preocupación central de restriccionistas y racistas. La ley preveía la concesión a cada una de las nacionalidades del mundo de una cuota anual de inmigrantes, cuyo número debía mantener con el total anual de ciento cincuenta mil, la misma relación que las gentes de esa nacionalidad mantenían con la población total de Estados Unidos.

Al menos, aunque de manera muy superficial, se eviden-

ciaba aquí una teoría de la cultura estadounidense. Suponía que el pueblo de Estados Unidos había conseguido una mezcla étnica adecuada y no era deseable que hubiera otros cambios mayores; los inmigrantes habían de entrar en el país en proporción al número que su nacionalidad tenía ya en el interior. Si se examina un poco más en profundidad, la medida revelaba también un decidido prejuicio étnico contra los europeos orientales y del sur. Quedaba muy claro a partir de la versión original de esa ley, que utilizaba 1890 como año base para calcular las proporciones, fecha, debemos recordarlo, en la que la cantidad de «nuevos» inmigrantes era muy pequeña. Pero incluso la disposición final, que prescindía de los años base, rezumaba favoritismo hacia teutones y celtas, puesto que el método de cálculo tendía a discriminar a los pueblos eslavos y mediterráneos. Con el objetivo de distribuir las cuotas, la población total de Estados Unidos se dividió en países de origen, sin tener en cuenta en qué momento había llegado la primera generación. Obviamente este procedimiento favorecía a los europeos occidentales y del norte, desde el momento mismo en que habían sido los primeros inmigrantes y, hacia 1920, podían contar con la mayor parte de los descendientes.

A pesar de la oposición de algunos estadounidenses de mentalidad liberal y de las nacionalidades discriminadas, la utilización de los orígenes nacionales como punto de arranque con el que enfrentarse al problema de la inmigración siguió siendo la política estadounidense durante alrededor de cuarenta años. Con posterioridad, en 1965, y como resultado de las presiones ejercidas por los presidentes John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson, el Congreso abandonó por completo esa política y la sustituyó por otra que abría de par en par las puertas de Estados Unidos a los inmigrantes de cualquier país que ya tuvieran familiares o que pudiesen proporcionar a Estados Unidos alguna especialización necesaria. Bajo la nueva ley, todos los países gozaron de idénticas cuotas hasta un máximo de veinte mil inmigrantes por año; y aun más, quedó eliminada por completo la antigua prohibición que afectaba a la entrada de inmigrantes asiáticos. En resumen, el pueblo estadounidense había regresado a la política histórica de ofrecer una abierta bienvenida a todos los extranjeros, vinieran de donde viniesen, «desde la palmera y el pino, desde el polo y el ecuador, la media luna y la cruz».

Debemos, no obstante, añadir, que incluso durante los años de política restrictiva, Estados Unidos mantuvo una actuación mucho más abierta que la de algunos otros países. Países nuevos de la Commonwealth británica, como, por ejemplo, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, tendieron ya desde un principio al exclusivismo nacional en la aceptación de inmigrantes. Esta tendencia se ha visto reforzada más recientemente con una legislación abiertamente restrictiva. Éste es el caso, por ejemplo, de Canadá, que en su estatuto básico de inmigración, aprobado en 1910, dejó a los europeos del norte y a los estadounidenses en situación «preferente», mientras que sólo permitía la entrada de los europeos meridionales y orientales en calidad de criados y de campesinos o por especiales razones ocupacionales. Tanto Australia como Nueva Zelanda se han dedicado con asiduidad a expulsar asiáticos de su suelo y ambos países han elevado también barreras contra los no británicos. De hecho, la ley de exclusión de inmigrantes indeseables de Nueva Zelanda, de 1919, prohíbe el asentamiento en el país de cualquier persona que no sea británica por su nacimiento o que no tenga algún pariente de esa nacionalidad, a menos que se halle en posesión de un permiso especial.

Los países latinoamericanos no han ejercido restricciones notables si se toma como base el origen étnico, pero han tratado de excluir a ciertos grupos por su oficio, como ha sido el caso de los comerciantes y de los obreros industriales. Si se nos permite generalizar a partir de varios países muy diferenciados, podríamos decir que han colocado el énfasis de sus políticas en potenciar la entrada de obreros agrícolas y en ocasiones llegaron a prohibir, como es el caso de México, la inmigración de personas que pretendían ocupar puestos en el comercio.

A la hora de comparar con otras naciones, y en todo aquello que se encuentra relacionado con las perniciosas consecuencias de las mezclas culturales, los estadounidenses han aceptado el nuevo sentido que los inmigrantes han dado a la divisa nacional, «*E Pluribus Unum*», que en otro tiempo hacía referencia a trece estados separados políticamente; hoy en día puede mantenerse muy bien para aquellos pueblos que llegaron a Estados Unidos y que en él alcanzaron la unidad a través de la diversidad cultural.

La marea inmigratoria fue únicamente una de las tres

poderosas fuerzas sociales que transformarían Estados Unidos en los años que siguieron a Appomattox. Las dos restantes serían la fábrica y la ciudad, industrialización y urbanización. La primera ya la hemos examinado; ahora le ha llegado el turno a la ciudad.

desarrollo de los niños y que debe acomodarse a cada niño en todos los días de su vida.» En esta filosofía se fundan los jardines de infancia, las guarderías y un progresivo acercamiento a la educación, elementos todos ellos típicamente urbanos que comenzaron a adquirir proporciones significativas durante los primeros años del siglo xx.

3. LA MUJER NUEVA

Al ofrecer nuevas oportunidades a la mujer fuera del ambiente hogareño, la industrialización constituyó una de las silenciosas, pero poderosas, fuerzas que subyacen en el movimiento feminista. Es muy cierto que la utilización de las armas intelectuales para la emancipación de la mujer precedieron con mucho a la fábrica, puesto que la famosa declaración de la «independencia» femenina fue anunciada en Seneca Falls, Nueva York, el año 1848. Pero desde el punto de vista estrictamente social, el movimiento de mujeres situadas al margen del hogar tradicional sólo adquirió proporciones señaladas a partir del incremento de las oportunidades económicas debido a la extensión de la fábrica por todas partes.

No obstante, cuando lo aplicamos a los movimientos feministas, el término «emancipación» es bastante equívoco. Aunque es algo incontestable que la mujer ha estado sometida al hombre durante la mayor parte de la historia, también es igualmente cierto que ha participado de las recompensas y gratificaciones del poder, el prestigio y la riqueza como ningún otro de los grupos «oprimidos». Utilizando la expresión de Mary Beard, las mujeres han sido siempre una «fuerza en la historia» como esposas y señoras de la casa, como gobernantes y como dirigentes, y como intelectuales y organizadoras de salones literarios. En contraste con minorías tales como las de los negros, los judíos y los indios, las mujeres han estado incluidas en los círculos más íntimos de los hombres que gobiernan, disfrutando de las ventajas, la protección y las asistencias que les son habitualmente negadas sin contemplaciones a las clases sometidas. De esta manera, y según ha observado la señora Beard, cuando en 1848 se presentó un proyecto de ley en el legislativo neoyorquino para garantizarle a la mujer casada unos mayores derechos de propiedad, «fue impulsada por un miembro de la legislatura que anhelaba con vehemencia salvaguardar los derechos de su esposa, y fue discutida con igual vehemencia por otro

miembro que deseaba proteger los intereses de su hija». En sustancia, como las mujeres son un sexo, se les ha concedido aquel cierto grado de igualdad que habitualmente se le negaba a la clase inferior; a saber, el matrimonio con la clase dominante. De hecho, y para recalcar aun más esa paradoja de las mujeres como subordinadas, aquello que para un grupo minoritario normal representa la consecución de la igualdad perfecta, es decir, el matrimonio con la clase dominante, para la «minoría» femenina ha sido el camino a través del que se ha cumplido la más completa sujeción de la mujer.

Sin embargo, en otras palabras, la posición social de las mujeres ha sido análoga a la de los negros. Por ejemplo, a las mujeres se les ha negado el derecho a votar, se las ha mantenido alejadas de los cargos oficiales, se les ha impedido conseguir ciertos trabajos así como la participación en algunas actividades, aduciendo para ello la incapacidad de aquellas para asumir esos papeles. Por ejemplo, durante buena parte del siglo XIX se afirmaba que la enseñanza superior estaba más allá de la capacidad de la mujer, de la misma manera en que se sostenía que era demasiado elevada para los negros. También las mujeres, y una vez más como los negros, aprendieron a acomodarse a los detentadores del poder —o sea, a los hombres—, hasta el punto de tratar de conseguir las cosas por medio de halagos más que a través de exigencias, de la misma manera en que los negros debían actuar «a la chita callando» o dando evasivas tontamente, pues era esa clase de conducta deferente la que los blancos deseaban y a la que respondían de una manera positiva. Finalmente, las mujeres, lo mismo que los negros, son fácilmente visibles en la sociedad, hasta el punto de que el prejuicio contra ellas se dispara inmediatamente y no puede mitigarse o eliminarse por una asociación o una familiaridad protectora, como puede ocurrir con un judío o un católico. De esta manera, lo mismo que para los negros, la discriminación ha sido más tenaz y ha estado más extendida con las mujeres que con otras minorías.

Sencillamente porque las mujeres formaban al mismo tiempo un grupo similar a otras minorías, pero también diferentes de ellas, el movimiento feminista del siglo XIX en adelante puede contemplarse mejor como un intento por extender las oportunidades abiertas a las mujeres. Esta ampliación de la base social de las actividades femeninas se consiguió por dos caminos. Ya hemos dado cuenta de uno de ellos: la expansión del trabajo femenino debido al crecimiento de

la industria y de la urbanización. El otro fue menos evidente pero no por ello menos importante. A causa de que el hogar urbano era más pequeño y a que se podía gobernar con relativa facilidad, la mujer que no trabajaba en la fábrica ni en la oficina estaba casi obligada a buscarse diversiones fuera de los estrechos límites familiares. Robert Herrick describió en *One Woman's Life* los cambios que se producían en la vida familiar de una mujer casada que vivía en la ciudad. La protagonista de la novela, Milly, gozaba de una cómoda existencia en un pequeño apartamento con un niño y ayudada por uno o dos criados que realizaban la mayor parte del trabajo casero. Herrick escribe que la suya «era una vida muy parecida a la de numerosos miles de jóvenes casadas de nuestro período de transición». Simplemente no tenía «suficientes quehaceres para ocupar su abundante energía y su interés por las cosas de la vida [...]. Y la vida moderna había ideado una maquinaria para las cosas de la casa tan perfecta que a la mujer le quedaba muy poco o nada que hacer si no tenía la necesidad de cocinar o de lavar para su esposo». Como es obvio, una generalización así sólo es aplicable a las mujeres de la clase media. Pero ello no debilita su importancia, desde el mismo momento en que el movimiento en pro de los derechos de la mujer fue casi enteramente la obra de mujeres de la clase media.

El reducido tamaño del hogar fue únicamente uno de los factores que servirían para proporcionar más tiempo libre a las mujeres de la ciudad; muchas de las tradicionales tareas de las amas de casa quedaron reducidas al mínimo o fueron eliminadas. Poco a poco, cada vez más tareas caseras que en otro tiempo eran consideradas *de rigueur* por el ama de casa, salieron del hogar para ser realizadas de una manera comercial. A mediados del siglo XIX, la ropa barata de confección se había convertido en un lugar común en la ciudad, y en los años que siguieron a la Guerra Civil, toda la costura había sido facilitada por la utilización de la máquina de coser casera. En 1853, seis empresas fabricaron veintitrés mil de estas máquinas de coser, pero veinte años más tarde su producción combinada superaba el medio millón. Aquel indispensable deber de preparar la comida diaria, que se había convertido más a menudo en una pesada tarea que en un placer propio de la esposa, se había vuelto algo más agradable y sencillo gracias a la venta comercial de gas como combustible y para la iluminación. Durante la década de 1880, las lavanderías comerciales comenzaron a ocupar un lugar preeminente en

la vida de numerosas mujeres de clase media, que a partir de entonces quedaron liberadas de una buena parte de las penosas labores del gobierno de la casa.

Por lo que se refiere al arte de cocinar, la preparación de alimentos se vio simplificada por los cereales empaquetados que sustituyeron a las gachas hechas con harina de cereales típicas de las zonas agrarias. El pan cocido en casa, aunque sabrosísimo y recordatorio para aquellos antiguos habitantes de regiones agrícolas, significaba un consumo de tiempo a unos hogares que tenían que soportar el peso de una desconcertante variedad de tareas. Las mujeres apoyaron con avidez la expansión que durante las décadas de 1880 y 1890 sufrieron las panificadoras, lo que precipitó la eliminación en los hogares urbanos de una de sus tareas más antiguas. Por aquella misma época, las mesas de los hogares urbanos se vieron dominadas en buena medida por las conservas de vegetales enlatados. En el *Good Housekeeping* de 1887, una mujer comentaba con cierto grado de exageración que «los quehaceres domésticos, lo mismo que la ropa de confección, están comenzando a darse hechos». El hielo fabricado para el uso comercial, y que comenzó a extenderse en la década de 1870, acabó con la dependencia de los cambios climáticos y sistematizó los medios más satisfactorios para la conservación de alimentos.

El sistema de transportes bien organizado de una sociedad industrial y urbana hizo posible por primera vez el que los menús fueran variados y tuvieran estilo. Si no por otros medios, el carácter rural y de frontera de este país quedaba grabado en los visitantes extranjeros por la tremenda monotonía de la dieta popular estadounidense. La cocina campesina, aunque se tratase de un problema de nostalgia, se inclinaba siempre de manera fundamental hacia la sartén, y en invierno la fruta y los vegetales frescos eran desconocidos de la mesa de las zonas agrícolas. La variedad de alimentos de que se disponía en la ciudad durante una buena parte del año animó la diversificación de los menús y excitó los paladares de una manera que era impensable o imposible en las regiones agrarias. Una medida para calibrar este nuevo y, podría añadirse, gratificante interés por la alimentación nos la proporciona el establecimiento de escuelas de cocina a mediados de la década de 1870. Pasados tres años desde su apertura en 1874, la Escuela de Cocina de Nueva York contaba con mil doscientos alumnos. En la década de 1880 comenzaron a aparecer por vez primera libros de cocina en gran

número, y quizá el punto culminante lo alcanzó en 1896 Fanny Farmer, de la Escuela Culinaria de Boston, cuyo manual estaba destinado a asumir en poco tiempo las proporciones de un clásico.

Lo mismo que le sucedía a Milly Rindge en la novela de Herrick, varios millares de mujeres estadounidenses de la clase media descubrieron pronto que el limitado hogar urbano permitía a la mujer casada conseguir nuevos placeres al realizar actividades fuera de casa. Las organizaciones femeninas crecieron al tiempo que las ciudades. Aunque algunos de estos grupos estaban constituidos por trabajadoras, muchos estaban formados por mujeres de clase media liberadas de las pesadas tareas del hogar y que buscaban nuevos caminos de expresión social. Aunque organizaciones como la de las Hijas de la Revolución Estadounidense, o las Hijas Unidas de la Confederación, o las Damas Coloniales de Estados Unidos, así como las Hijas de 1812 de Estados Unidos eran reflejo evidente de un resurgir del nacionalismo —creadas todas ellas en la década de 1890—, constituían también un índice de este creciente excedente de energía social femenina. También durante estos mismos años se crearon las que podrían denominarse organizaciones económicas de mujeres. La Asociación Estadounidense de Mujeres Universitarias, creada en 1881, y la Asociación Nacional de Mujeres Decanas, fundada en 1891, son un espejo de la participación creciente de las mujeres de clase media en la enseñanza superior. La existencia de esta gran cantidad de asociaciones femeninas nos la demuestran tres de ellas que diferían ampliamente por sus objetivos y por los miembros que las constituían: la Liga de Consumidores Nacionales (1899), la Liga Juvenil (1901) y la Liga Sindical Nacional de Mujeres de Estados Unidos (1903).

Los visitantes extranjeros quedaron asombrados de esa cantidad de asociaciones femeninas. Cuando lord Bryce trató de explicar por qué las mujeres estadounidenses tenían «un grado medio de gusto literario y de influencia más elevado que el de las mujeres de cualquier país europeo», una de las razones que dio fue la del «tiempo libre que poseen si se le compara al de los hombres».

No obstante, no debe pensarse que estas organizaciones se comportaban como esponjas que absorbiesen el exceso de energía y de tiempo de las mujeres, pero sin servir a objetivo social alguno. Por el contrario, su impacto sobre la sociedad puede ser considerado de asombroso. Pues, aunque la mención de un club femenino consiguiese que apareciesen sonri-

sas en los rostros masculinos a comienzos del siglo XX, lo mismo que continúa sucediendo en nuestra época post-Ho-kinson, en realidad los clubs fueron enormemente eficaces en la década de 1890 y con posterioridad. Numerosos pueblos y ciudades debían la existencia de una biblioteca, de un parque infantil o de un parque encantador al esfuerzo del club femenino de la localidad. Con frecuencia, no existía en la ciudad otra organización cívica.

El movimiento de clubs consiguió tal poder y prestigio que, en 1901, una ley del Congreso concedía a la Federación General de Clubs Femeninos un estatuto nacional. Más tarde, en 1904, la señora Sarah Decker, presidenta de la Federación, elevó aun más a los clubs en cuanto oficinas para la mejora de la sociedad con aquel famoso comentario: «Señoras [...] Dante ha muerto, y creo que ya va siendo hora de que nos alejemos del estudio de su infierno y dediquemos la atención al nuestro.» La Federación General impresiona como medida del éxodo femenino del hogar; en 1914, estaban afiliadas más de un millón de mujeres.

La Unión Antialcohólica Cristiana de Mujeres (WCTU) fue otra de las principales asociaciones femeninas, que se creó evidentemente como respuesta a los cambios sufridos en el hogar y en el medio social. Bajo la dirección de Frances Willard, la WCTU, que contaba con un cuarto de millón de afiliadas, se convirtió en una escuela a escala nacional para la educación de la mujer en los asuntos sociales y en pro de la necesidad de reforma social. A pesar de su nombre, después de mediada la década de 1880 la WCTU desplegó una gran actividad en llevar a cabo cierto número de reformas que no estaban relacionadas con el problema de la bebida. La WCTU puso todo su poder en el apoyo de movimientos de protección de las mujeres trabajadoras, de leyes que elevaban la edad del consentimiento matrimonial, en favor de la creación de jardines de infancia, de preparación de las jóvenes para realizar servicios domésticos, y en favor de la consecución de una paz internacional a través del arbitraje. La misma Frances Willard estuvo afiliada a los Caballeros del Trabajo y fue una figura importante en la historia de los comienzos del Partido Populista, al tiempo que experimentaba con el vegetarianismo, la frenología y la teosofía.

El trabajo de la WCTU en cuanto organización es un símbolo de los efectos difusores de aquel resurgir de las mujeres a partir de lo que una feminista como Charlotte Perkins Gilman ha denominado la tarea «más insignificante, más vieja

y más baja» de la Tierra, la del hogar. De la misma manera en que la adhesión a la causa del antialcoholismo por parte de las mujeres contribuyó finalmente a imponer la prohibición en Estados Unidos, también los ataques femeninos a ese mal típicamente urbano que es la prostitución estimuló la legislación sobre un aspecto de la vida social que en otro tiempo se había evitado virtuosamente. La Ley Mann de 1910, llamada en algunas ocasiones la Ley del Esclavismo Blanco, fue una de las medidas que se tomaron a nivel federal. Aunque los estadounidenses nunca han podido considerar regulada la prostitución, la agitación que se suscitó acerca del «mal social» dio como resultado una enorme cantidad de información sobre el tema que, a su vez, permitió la erradicación de aquellos otros males aun más serios que suponían el comercio que se llevaba a cabo, como por ejemplo el reclutamiento a través de la seducción de muchachas inocentes y de un sometimiento forzado. Más aún, por vez primera, la conexión causal entre las condiciones de trabajo en los talleres y el reclutamiento para comercializar el vicio era tan evidente que ya nadie podía hacer la vista gorda ante él.

La manera en que la industrialización añadió una nueva profundidad a la literatura de los movimientos femeninos queda ilustrada por los voluminosos escritos de Charlotte Perkins Gilman. Su obra más importante, *Women and Economics*, publicada en 1899 y que circuló ampliamente por Estados Unidos y por el extranjero en los años siguientes, se convirtió en un poderoso y razonado argumento en favor de la independencia económica de la mujer si estaba decidida a alcanzar una auténtica libertad a una escala más amplia. Consciente siempre de las necesidades de la sociedad, Gilman reafirmó la pérdida que le suponía a esa sociedad el negar su capacidad de expresión a los peculiares talentos creativos de las mujeres.

La significación y la naturaleza de tales talentos eran evidentes si se tiene en cuenta la diversidad de las tareas acometidas por un creciente número de mujeres en la década de 1890 y en los comienzos del siglo xx. En un campo como el de la asistencia social y las relaciones industriales, mujeres tales como Florence Kelley, de Chicago, Mary Simkhovitch, de Nueva York, y Vida Scudder, de Boston, no sólo fueron personalidades distinguidas, sino que de manera accidental ofrecieron un ejemplo sorprendente de los efectos recíprocos de las nuevas fuerzas sociales. Una vez que las condiciones sociales de una sociedad urbana e industrial permitieron

a las mujeres participar de lleno en los trabajos de la tierra, a su vez, sus energías y capacidades podían ser utilizadas para hacer de esa sociedad nueva y virgen un lugar más habitable para los seres humanos.

4. POLÍTICOS NUEVOS CON PRINCIPIOS VIEJOS

Aquel huracán reformista que tomó el nombre de «progresismo», y que impregnó todos los niveles de la vida política y social de Estados Unidos en los años que discurren entre 1900 y 1917, significó muchas cosas, pero por encima de todas ellas se trató de una respuesta al desafío que suponía la ciudad y la fábrica, un intento por amaestrar aquellas fuerzas indomables que casi redujeron el «sueño americano» a una burla.

A lo largo de tres décadas, las voces de protesta —las de los sindicatos, las iglesias, los populistas, los publicistas y las de los novelistas utópicos— fueron aumentando en número y creciendo en volumen, pero continuaba la orgía de corrupción y de argucia, la acumulación de riquezas por parte de empresas e individuos, al tiempo que se extendía la miseria de las ciudades y se iba haciendo cada vez más profunda la pobreza de las explotaciones agrícolas. La década de 1890, que sufrió la más profunda depresión habida hasta aquel momento, proporcionó ejemplos nuevos de división de clases y de odio entre ellas: la batalla campal entre los obreros y la policía de Pinkerton en Homestead en 1892; la huelga de hambre de los empleados de la Pullman en 1894; los enfrentamientos entre tropas federales y obreros en huelga del ferrocarril en Chicago; la penosa marcha del ejército de desempleados de Coxey, que representaba la desesperada necesidad de trabajo de los obreros. Mientras miles de trabajadores luchaban para conservar sus puestos de trabajo o para ganarse la vida con dificultades gracias a un salario reducido, el *Tribune* de Nueva York informaba en 1892 que en todo el país había «solamente cuatro mil cuarenta y siete millonarios». De hecho parecía como si la sociedad estadounidense estuviera partida en dos: una gran muchedumbre de pobres y unos pocos ricos; que el ideal de un Estados Unidos en el que existía una igualdad de oportunidades para todos, de justicia social, de gobiernos decentes se había convertido en un sueño en el que los ideales estaban invertidos como si se tratara de una especie de misa negra social.

hoy en día. Sería durante la Revolución cuando se puede empezar a hablar de la primera enunciación de un acercamiento estadounidense al mundo. Volveremos en el próximo y último capítulo a tratar de aquellos orígenes y de su posterior evolución.

XV

LA FORMACIÓN DE UNA POTENCIA MUNDIAL

En el curso de la transformación sufrida desde el estadio de república agrícola hasta el de gran Estado industrial, Estados Unidos dejó de ser también un participante menor en los asuntos mundiales para convertirse en una de las principales potencias del globo. Durante la mayor parte de su historia, hasta finales del siglo XIX, los estadounidenses creyeron posible, al tiempo que deseable, permanecer al margen de los asuntos europeos y del resto del mundo. Pero, en el siglo XX, el rápido crecimiento del potencial económico estadounidense y, como consecuencia, del poderío militar y político, determinaron que Estados Unidos no pudiese permanecer por más tiempo al margen de la corriente principal de la diplomacia mundial.

Esa transición del aislamiento hasta el compromiso fue lenta y en ocasiones dolorosa. Después de haber secundado el imperio ultramarino, los estadounidenses pronto lo pensaron mejor y abandonaron su breve papel de señor imperial, sólo para continuar por caminos que se alejaban de la tradición, y con resultados igualmente ambiguos. Así, la primera campaña en Europa finalizó con la desilusión y la retirada. Sin embargo, aunque el Estados Unidos del siglo XX en realidad ya no tenía opción alguna de volver al aislamiento del siglo XIX, se comportaba como si pudiese hacerlo. Por tanto, la segunda campaña europea marcó un momento auténticamente decisivo, pues, a partir de esa experiencia, se habían agotado las posibilidades de dar marcha atrás. Más bien, el compromiso estadounidense con el mundo alcanzó lo que muchos han denominado proporciones imperiales a medida que el poderío militar y la influencia cultural de Estados Unidos se iban extendiendo por el globo. Pero hubo asimismo una derrota en Asia y una nueva incertidumbre sobre el futuro. En resumen, a partir de 1945, y como nunca había sucedido con anterioridad, el cambio se convirtió en el compañero

de Estados Unidos. Pero en los asuntos exteriores, desde los comienzos hasta el presente, ha habido siempre una manera estadounidense de enfrentarlos que es a la vez distintiva y continuada, e incluso llega hasta nuestro propio tiempo.

1. UNA DIPLOMACIA NUEVA PARA UNA NUEVA ERA

Como ya hemos visto en un capítulo anterior, la Revolución fue para muchos norteamericanos la culminación de una larga historia en su creciente conciencia personal como pueblo distinto y afortunado. En la mente de los norteamericanos, el nacimiento de la república señaló «un nuevo orden en el mundo», según rezaba en el escudo nacional de Estados Unidos. No es, por tanto, sorprendente que, en los primeros tratos que mantuvo con otras naciones desde su nacimiento, Estados Unidos pretendiera perpetuar ese sentido de diferenciación. Además, el elemento más característico de la política exterior estadounidense a lo largo de la mayor parte de la historia de Estados Unidos —el aislamiento— surgió de la especial experiencia de los norteamericanos durante el período colonial y los primeros años de la independencia.

Por ejemplo, no es una sencilla coincidencia que el documento más influyente en demanda de independencia defendía el aislamiento norteamericano de los asuntos europeos. «Como Europa es nuestro mercado para el comercio —escribía Tom Paine en *Common Sense*— no debemos mantener relación parcial con parte alguna de ella. El verdadero interés de Norteamérica consiste en mantenerse a prudente distancia de las contiendas europeas, lo que nunca ha podido hacer ya que, por su dependencia de Gran Bretaña, se le ha convertido en un complemento colocado en la balanza de la política británica.» No era nueva la afirmación de Paine de la diferencia existente entre norteamericanos y europeos. Ciertamente, al menos desde la guerra francoindia, los norteamericanos habían dado libre curso a las expresiones de defensa de su identidad en cuanto pueblo, pues estaban convencidos no sólo de que eran diferentes de los europeos, sino también mejores. Incluso personas tan refinadas como Benjamin Franklin estaban ya persuadidos antes de la Revolución de que el nivel moral de Norteamérica era más elevado que el de Gran Bretaña o Europa. De esta manera, cuando la lucha por la independencia obligó a los norteamericanos a tratar con Europa desde el plano diplomático, no ocultaron su sen-

timiento de ser diferentes y superiores. En la corte francesa, Franklin aparecía vestido deliberadamente con sencillez, incluso desaliñado, en crítica tácita al refinamiento del boato y el protocolo europeos. Cuando el ministro de Asuntos Exteriores francés Vergennes aconsejó al rudo John Adams que realizase los necesarios ajustes a las convenciones diplomáticas europeas, éste replicó de una manera altanera y autosuficiente que «la dignidad de Norteamérica no consiste en ceremonias diplomáticas o en sutilezas de la etiqueta; consiste únicamente en la razón, la justicia, la verdad, los derechos de la humanidad y los intereses de las naciones de Europa».

Detrás de la afirmación de Adams había algo más que simple fervor revolucionario o inexperiencia diplomática. Significativamente ausentes de su catálogo de objetivos diplomáticos se encontraban frases tales como «equilibrio de poder» o «razones de Estado», que eran ya entonces, lo mismo que ahora, la moneda más utilizada en las relaciones diplomáticas. Lo mismo que las inclusiones, las omisiones tampoco eran accidentales. Los dirigentes norteamericanos buscaban dar forma a una nueva diplomacia que se sintiese orgullosa de su joven república y de la época de la Ilustración en que había nacido. Como era de esperar, sería el filósofo norteamericano Thomas Jefferson quien realizaría la conexión más clara entre la época de la Ilustración y la política exterior de la nueva Norteamérica. En 1789, Jefferson le escribía a Madison que el poder y la fuerza en los asuntos exteriores «eran principios legítimos en aquella edad oscura que medió entre la civilización antigua y la moderna, pero hizo explosión y desembocó sólo en el horror en el siglo XVIII. No conozco más que un código moral para el hombre tanto si actúa solo como si lo hace en colectividad». Una norma de esa clase significaba aborrecer la guerra y rechazar la fuerza y las alianzas políticas que conseguían que las naciones se comprometiesen en el equilibrio de poder. Más aún, en 1804, Jefferson escribió que consideraba el equilibrio de poder como «la peste de la paz del mundo, como el taller en el que se han fabricado casi todas las guerras de Europa».

Como sugieren ya las afirmaciones de Jefferson, la nueva diplomacia significaba la separación de los intereses norteamericanos y europeos. En los comienzos de la diplomacia exterior norteamericana, esta separación predominaba en el pensamiento de los dirigentes de la nación. Cuando, en 1776, el Congreso redactó un modelo de tratado para instrucción

de sus agentes con el fin de conseguir la ayuda de Francia, la única relación diplomática que estaban dispuestos a aceptar era la comercial. El Congreso no utilizó ni siquiera ante Francia el señuelo de las posesiones del Nuevo Mundo que podían ser tomadas a los británicos en operaciones conjuntas. La única concesión que los precavidos estadounidenses estaban dispuestos a hacer, al menos al comienzo, era la promesa de que no firmarían una paz separada si la ayuda francesa precipitaba la guerra entre Gran Bretaña y Francia. Es obvio que, al final, la alianza firmada con Francia en 1778 obligó a Estados Unidos a ayudar a los franceses a proteger sus colonias en el Nuevo Mundo, y los compromisos fueron tanto políticos como comerciales. Pero estos cambios fueron dictados por las realidades de la supervivencia; los franceses nunca hubieran proporcionado la ayuda requerida en condiciones menos favorables. Posteriormente, en 1783, John Adams recordó con toda claridad los objetivos primitivos y estrechos de Estados Unidos en las negociaciones mantenidas con otros países en 1776. Decía que su principio fundamental había sido el de que «nosotros calcularemos todas nuestras medidas y nuestras negociaciones extranjeras de tal manera que se evite una dependencia excesiva de alguna potencia europea, que se evite cualquier clase de obligación y de tentación de intervenir en futuras guerras europeas; por tanto los asuntos en los que Norteamérica estaba relacionada con Europa eran comerciales, no políticos ni bélicos». La exactitud del resumen hecho por Adams acerca de la actitud norteamericana nos lo demuestran los acontecimientos que acaecieron una vez ganada la guerra de independencia. Liberados de la necesidad de una alianza política, como aquella que se había mantenido con los franceses, el Congreso se volvió rápidamente a la política de intereses separados y de relaciones puramente comerciales con los demás Estados. Así, cuando el grupo de países «neutrales armados» invitó a los recién nacidos Estados Unidos a unírseles, el Congreso rechazó la invitación en junio de 1783 a pesar de haber admitido hallarse de acuerdo con los objetivos del grupo. «El verdadero interés de estos estados —fue la resolución del Congreso— requiere que se encuentren implicados de la menor manera posible en la política y las controversias de las naciones europeas.»

Esta era la idea en ambos hemisferios, idea que recibió su expresión clásica en la Carta de Despedida de Washington en 1796. En aquel documento se hace también la distinción

entre lazos comerciales y políticos. «La principal regla de conducta» que debe presidir las relaciones exteriores de Estados Unidos, escribió el presidente retirado, era la de «extender nuestras relaciones comerciales» con naciones extranjeras con las que Estados Unidos debe «mantener las menores relaciones políticas que le sea posible». La afirmación de Washington acerca de ese carácter distintivo refuerza el hecho de que el aislamiento recomendado por los padres fundadores nada tenía que ver con la política china o japonesa de mantener a la nación alejada de cualquier contacto con otros pueblos o civilizaciones. De hecho, en algunos aspectos, los objetivos de aquella vigorosa e incluso agresiva nueva república fueron exactamente los contrarios. Más que retirarse hacia sí mismo, el país buscó mercados y relaciones comerciales por todo el globo, en cualquier sitio donde se vislumbrara la posibilidad de sacar algún provecho o donde se abría alguna oportunidad.

En sustancia, las relaciones comerciales debían animarse. La base subyacente a la doctrina de los dos hemisferios, según la dejó clarificada Washington, era la de que «Europa tenía un conjunto de intereses primarios que no mantienen con nosotros relación alguna o muy remota. A partir de aquí, debe encontrarse implicada en frecuentes controversias cuyas causas son esencialmente extrañas a nuestros asuntos. Y de aquí se deriva, por tanto, que sería poco juicioso por nuestra parte el implicarnos por medio de lazos artificiales en las vicisitudes ordinarias de su política o en las combinaciones o colisiones ordinarias de sus amistades o enemistades».

El consejo de Washington de que los estadounidenses no «mezclemos nuestra paz en la tela de araña formada por la ambición, la rivalidad, los intereses, los estados de ánimo o los caprichos europeos» resumía con claridad lo que muchos estadounidenses habían concluido a través de su historia en cuanto pueblo separado de Europa, aunque envuelto a menudo en las disputas europeas. Por tanto, en cierto sentido, ese consejo de Washington había sido aceptado antes de que lo pronunciase, y su realismo queda reflejado en que fue seguido al pie de la letra en los años que siguieron.

En la doctrina de los dos hemisferios estaba implícita la idea de que, mientras Europa tuviese intereses en el Nuevo Mundo, Estados Unidos no estaría libre de verse implicado en los embrollos de los asuntos europeos. Como iba a demostrar la historia diplomática de Estados Unidos en el primer cuarto del siglo XIX, el consejo de Washington sólo pudo

ponerse en práctica a medida que se iban reduciendo los intereses europeos en el Nuevo Mundo. El primer paso lo constituyó la compra de Louisiana en 1803; con ella, el aislamiento se convertía por primera vez en una política realista y para el futuro. Si Francia hubiese ocupado Louisiana, como pretendía Napoleón, y la hubiesen convertido en colonia, las relaciones entre Estados Unidos y Europa habrían sido muy diferentes. Incluso un francófilo como Jefferson estaba preparado para llevar a cabo una alianza política con el fin de neutralizar a los franceses, pues, según escribió en 1802, «el día en que Francia se posea de Nueva Orleans, deberemos unirnos a la flota y a la nación británica». Es evidente que con la Francia napoleónica en su flanco, Estados Unidos tenía que mirar a Gran Bretaña como contrapeso. En tal situación, una política antialiancista en Europa habría sido imposible de poner en práctica porque no hubiera sido realista.

Sin embargo, la adquisición de Louisiana no evitó que Estados Unidos se viera comprometido en la guerra de Europa. Como importante país neutral que dependía comercialmente de Europa, Estados Unidos no podía escaparse a las consecuencias que los esfuerzos de Gran Bretaña y de la Francia napoleónica estaban haciendo para negarse la una a la otra el comercio oceánico. Resultado de ello fue la guerra de 1812. Pero si esa guerra acabó con el deseo estadounidense de aislamiento y de paz, la línea ideológica que unía la Carta de Despedida y la Doctrina Monroe es directa y clara. Más aún, serían las guerras latinoamericanas de independencia las que acabarían lo que la compra de Louisiana había empezado, el abandono de casi todos los intereses europeos en el Nuevo Mundo. Tanto la Carta de Despedida de Washington como la Doctrina Monroe se originaron como protesta contra la intervención europea en los asuntos estadounidenses. El consejo de Washington había surgido por su preocupación ante el efecto que la alianza francesa podía tener tanto sobre la política interior como sobre la exterior. Las causas inmediatas de la sentencia de Monroe fueron el movimiento de la Rusia zarista para extender sus dominios hacia el sur a partir de Alaska y la amenaza de las potencias monárquicas de la Europa continental por suprimir las recientes revoluciones coloniales en la América española.

Con toda la importancia y la influencia que la Doctrina Monroe iba a tener en la política exterior de Estados Unidos, puede muy bien exagerarse y malinterpretarse su significación y su sentido en aquella época. Cuando en 1823 se

enunció esa doctrina, Estados Unidos no tenía intención alguna de ir a la guerra para evitar la intervención europea en los asuntos de las recientemente independizadas repúblicas del sur. De hecho, como ahora es bien conocido, Estados Unidos confió en los intereses comerciales y políticos británicos para proporcionarle fuerza a la Doctrina Monroe. El catalizador de la famosa afirmación de Monroe fue la sugerencia de George Canning, ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, en el verano de 1823, de que su país y Estados Unidos emitiesen un comunicado conjunto advirtiendo a las monarquías continentales de los peligros de una intervención en América Latina. Pero el entonces secretario de Estado de Monroe, el astuto nacionalista John Quincy Adams, dejó bien sentado que Estados Unidos no necesitaba un apoyo público de Gran Bretaña. Todo el apoyo necesario estaría por venir, señaló Adams, porque era su deseo mantener relaciones comerciales con los recientemente independizados Estados de América Latina, que eran la auténtica fuente de la oposición británica al restablecimiento de un dominio europeo. Además, Adams señalaba que «sería más justo, al tiempo que más digno, reconocer explícitamente nuestros principios ante Francia y Rusia que entrar como un bote siguiendo la estela de un buque de guerra británico».

Debe reconocerse, además, que muchos años después de que Monroe lo explicase en su mensaje anual de diciembre de 1823, ese principio no recibió reconocimiento alguno en Europa ni Estados Unidos. No sería hasta la década de 1850 cuando los principios de la doctrina se relacionaron con el nombre de Monroe en la prensa, y no sería hasta los años 1860 cuando el historiador puede asegurar que se ha convertido en un principio fundamental de la política exterior estadounidense. En 1864, cuando Francia apoyaba a Maximiliano de Austria como emperador de México, el Congreso enunció claramente la doctrina de no intervención. Resolvió que «no se hallaba de acuerdo con la política de Estados Unidos reconocer un gobierno monárquico erigido sobre las ruinas de un gobierno republicano en América bajo los auspicios de alguna potencia europea». Aquí habían quedado establecidos los principales elementos de la Doctrina Monroe. La monarquía —como en el caso del Brasil— sólo era aceptable si se trataba de una institución nativa y no impuesta, pero no se debía favorecer una nueva colonia. Como ya le dijo Quincy Adams llanamente al ministro británico en 1821: «Conservad lo que es vuestro, pero dejadnos a nosotros el resto del con-

tinente.» Monroe no mencionó en su enunciación de principios la transferencia de una colonia europea a otra potencia europea, pero ya en 1811, el principio de no transferencia había sido enunciado tanto por el Congreso como por el presidente refiriéndose a Florida. En 1870 se contemplaba la no transferencia como una parte de la propia Doctrina Monroe. Sin embargo, al final, hay que decir que, lo mismo que la Carta de Despedida de Washington, la Doctrina Monroe decía pocas cosas nuevas; codificaba los principios centrales con los que había actuado Estados Unidos y en los que se había basado durante los años anteriores. Y es precisamente por esa razón por lo que estuvieron tan dispuestos a aceptarla entonces y después.

Aunque es bien conocida la doctrina de los dos hemisferios contenida en la Doctrina Monroe, se ha reconocido mucho menos la justificación ideológica de la división entre los hemisferios. Habitualmente se ha interpretado que la sentencia de Monroe era una defensa de la seguridad estadounidense a la vista de la proximidad de las antiguas colonias españolas a Estados Unidos. Ciertamente, la seguridad desempeñó un papel significativo en el enunciado de la doctrina, pero las palabras de Monroe revelan un motivo adicional, ideológico, que ha quedado suficientemente reforzado a la luz de posteriores motivos también ideológicos en la política exterior estadounidense. «El sistema político de las potencias aliadas —señalaba Monroe refiriéndose a los Estados de la Triple Alianza— es esencialmente diferente [...] del de América [...]. Por tanto, por la franqueza y las relaciones amistosas existentes entre Estados Unidos y estas potencias, debemos declarar que consideraremos cualquier intento por su parte de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad.» El uso repetido de la palabra «sistema» —y no de poder o de influencia— es manifiesto y significativo. Los elementos ideológicos y morales en el documento de Monroe están también presentes en las afirmaciones de John Quincy Adams de 1823, cuando trataba de diferenciar las premisas de la política exterior de Estados Unidos de las de Europa. «La política de todas las naciones europeas con respecto a Sudamérica —escribía Adams— se ha basado en principios egoístas de interés combinados incoherentemente con erróneos principios de gobierno. A partir de la restauración borbónica, la alianza europea de emperadores y reyes ha asumido como base de la sociedad humana la doctrina de una *fidelidad* inalienable.

Nuestra doctrina se basa en el principio del *derecho* inalienable. Por lo tanto, los aliados europeos han contemplado la *causa* de los sudamericanos como una rebelión contra su soberano legal. Nosotros la hemos considerado como la reivindicación del derecho natural.» La afirmación de Adams de que la política exterior de Estados Unidos se basaba en principios diferentes de la de los Estados europeos había sido definida incluso en más duros términos morales por una comisión del Congreso veinte años atrás. «El gobierno de Estados Unidos está organizado de manera diferente que cualquier otro en el mundo. Su objetivo es la felicidad del hombre; su política y sus intereses, perseguir el derecho por medios justos. La guerra es el mayor azote de la raza humana y nunca se debe recurrir a ella salvo en el caso de la más imperiosa necesidad. Un gobierno prudente deberá evitarla cuando puede conseguir sus deseos por medios pacíficos. Los príncipes luchan por conseguir la gloria, y el precio que pagan por ello es la sangre y el tesoro de sus súbditos. En todas las naciones, es el pueblo quien sostiene las cargas de la guerra, y en Estados Unidos es el pueblo quien gobierna.»

Esta clara afirmación de la relación existente entre pueblo, instituciones interiores y política exterior ha sido una característica de los pronunciamientos estadounidenses. No les ha dado solamente una impronta farisaica, como es el caso que acabamos de citar, sino también ha convertido a la política exterior estadounidense en altamente moralista por sus objetivos. En muy raras ocasiones han aceptado los estadounidenses la sentencia típicamente europea de Clausewitz de que la guerra «no es más que la continuación de la política por otros medios» o aquella otra de Clemenceau de que la paz es «la continuación de la guerra por otros medios». Desde un principio, la guerra ha sido algo malo y la paz buena como para ser deseada por todos excepto por los locos.

Precisamente ha sido esta actitud la que George Kennan, en una serie de conferencias pronunciadas en 1951, condenaba por entero como «la manera legalista-moralista de hacer frente a los problemas internacionales. Esta manera de hacer recorre como una madeja roja toda nuestra política exterior de los últimos cincuenta años —decía—. Existe la creencia de que sería posible acabar con las caóticas y peligrosas aspiraciones de los gobiernos en el campo internacional por medio de la aceptación de un sistema de reglas y de trabas legales». Kennan basaba sus críticas en la experiencia de Es-

tados Unidos en política exterior a partir de 1898, pero es evidente que esa actitud que él denunciaba había comenzado mucho antes de la guerra entre España y Estados Unidos. Como ya hemos visto, la idea de que los estadounidenses, como pueblo nuevo e ilustrado, eran moralmente superiores a la Vieja Europa bañaba el pensamiento estadounidense en general y la política exterior en particular. A esto habría que añadir la convicción de hombres como Jefferson y Madison de la existencia de un derecho universal que estaba por encima y era superior a los modelos de los sistemas políticos existentes. Debe recordarse que Jefferson había llegado al punto de decir que los Estados y los individuos debían ser gobernados por un único modelo de conducta. Como había escrito Paul Varg, «los estadounidenses se enorgullecen de formar el modelo de sociedad republicana que debería ser emulado por el resto del mundo. Otras sociedades estuvieron esclavizadas por las clases privilegiadas, pero Estados Unidos fue la tierra de las oportunidades, en la que la prueba de un hombre se demostraba por el valor individual más que por el nacimiento. Este concepto, fundamental durante la Revolución, continuó desarrollándose y facilitó la observación de cualquier asunto que surgiese con las naciones extranjeras como un problema moral».

Kennan reconocía que esta visión moral o idealista había llegado a ser más evidente en el siglo xx. «Ha habido otras naciones tan ricas como la nuestra —señalaba Woodrow Wilson—, ha habido otras naciones tan poderosas, han existido otras naciones tan animosas; pero espero que nunca olvidemos que hemos creado esta Nación, no para servirnos a nosotros mismos, sino para servir a la humanidad.» Un secretario de Estado posterior que siempre había admirado a Wilson ofrecía un testimonio similar de la continuada creencia estadounidense de que la política de Estados Unidos era diferente de la europea. Cordell Hull señalaba en sus memorias que «durante la Primera Guerra Mundial he llevado a cabo un estudio intensivo del sistema de esferas de influencia y del equilibrio de poder y he establecido las raíces fundamentales de sus perniciosas consecuencias. Las conclusiones a las que llegué entonces de oposición total a este sistema aún las sigo manteniendo». Las «cuatro libertades» de Franklin Roosevelt, que él mismo anunció por vez primera en la Carta del Atlántico cuando se entrevistó con Churchill en 1941, se encuentran fuertemente cargadas de moralismo e idealismo. Por ejemplo, se esperaba que cada una de las

libertades de Roosevelt se pudiesen alcanzar en «cualquier lugar del mundo».¹ Incluso un diplomático supuestamente tan duro como Dean Acheson podía expresar una base moralista para la política exterior estadounidense, lo que no deja de tener un cierto regusto wilsoniano. «Y el objetivo básico de la política exterior estadounidense —afirmaba Acheson en 1951— era hacer posible un mundo en el que toda la gente [...] pudiese trabajar, a su manera, para conseguir una vida mejor [...]. Nosotros somos hijos de la libertad. Nosotros no podemos encontrarnos a salvo excepto en un ambiente de libertad.»

Contrariamente a las interpretaciones tradicionales, la contribución de Wilson al desarrollo de una manera estadounidense de enfrentarse a la política exterior no fue la introducción del idealismo o del moralismo. El idealismo había sido una característica de la manera estadounidense de hacer frente a la política exterior ya desde los comienzos. La innovación de Wilson consistió en la utilización del poderío estadounidense para sostener y hacer progresar ese idealismo. Lo mismo que Wilson, los padres fundadores creían en una comunidad mundial ordenada y pacífica, pero ninguno de los dirigentes estadounidenses que hubo antes de Wilson habían contemplado la utilización del poderío estadounidense para conseguirla. Es evidente que, a partir de Wilson, la corriente idealista de la política estadounidense se ha ido pronunciando cada vez más. A partir de Franklin Roosevelt, todos los presidentes han utilizado ese poderío para reforzar y hacer progresar la creencia estadounidense en un mundo ordenado, pacífico y políticamente estable en el que el intercambio de productos y la afluencia de capitales pudiesen ser tan libres como fuese posible.

Además, esa utilización de la fuerza sugiere que el idealismo de ninguna manera ha sido el único ingrediente de la política estadounidense. Ya desde los primeros tiempos, las relaciones exteriores estadounidenses se han visto informadas por un realismo duro o por un cierto sentimiento de egoísmo. Quizá la expresión más clásica fue aquella del secretario de Estado John Quincy Adams en 1821, cuando se le solicitó que diese el apoyo de Estados Unidos a la guerra de los griegos en su independencia de los turcos: «Allí donde se quieran desplegar los estandartes de la independencia o de la libertad —dejó bien claro—, allí estará siempre el corazón de Estados Unidos, sus bendiciones y sus plegarias. Pero no se irá al extranjero en busca de monstruos que destruir.

Desea la libertad y la independencia para todos, pero es únicamente el campeón y el defensor de las suyas.» De otra manera, advertía Adams a sus molestos compatriotas, «se vería comprometida sin capacidad para desenredarse en todas las guerras movidas por intereses e intrigas, por la avaricia individual, por la envidia y la ambición, que adoptan las enseñanzas y usurpan los estandartes de la libertad». Una generación más tarde, cuando la revolución amenazaba de nuevo el viejo orden europeo, otros estadounidenses se hicieron eco de las palabras de Adams. Las revoluciones de 1848 que se extendieron por toda Europa golpearon una fibra sensible de los corazones y las mentes de los estadounidenses, pues lo que estaba en juego no era otra cosa que el principio de autodeterminación en el que se basaban los propios Estados Unidos. Por tanto, no es sorprendente que, cuando llegó a Estados Unidos Louis Kossuth, uno de los dirigentes del fracasado levantamiento de los húngaros contra los Austrias, encontró un amplio interés popular por su causa. Sin embargo, al mismo tiempo había muy pocos deseos de comprometer directamente a la nación en la causa de la revolución de Europa. Como le decía Henry Clay a Kossuth en 1852, era mejor para la causa de la libertad que Estados Unidos se mantuviera «al margen de las distantes guerras de Europa» y que «conservase ardiendo nuestra llama con todo su esplendor en esta tierra de occidente, como un faro para todas las naciones». Lo mismo que en la época de los puritanos y de la Revolución, Estados Unidos sería como una ciudad sobre una colina: un ejemplo y un modelo para todos, pero no alguien que se dedicase a buscar «monstruos para destruir». Felix Gilbert ha resumido sucintamente el carácter dual de la política exterior estadounidense: «Colonizada por hombres que buscaban ganarse la vida y por otros que iban en busca de libertad, nacida a la independencia en un siglo de pensamiento ilustrado y de política de poder, en política exterior Estados Unidos ha ido bandeando entre el idealismo y el realismo.»

Más todavía: esa firme adhesión a la política de los dos hemisferios o al aislamiento debe explicarse por referencia al idealismo y al realismo. Tal política se ajustaba muy bien al poderío limitado y a los intereses locales del Estados Unidos del siglo XIX. Separado de Europa por un ancho océano e inmerso en su ocupación de colonizar un continente, Estados Unidos tenía muy pocas razones u ocasiones para llevar a cabo una nueva aventura de expansión en el exterior. Podía

permitirse el lujo de ser idealista, puesto que esa manera de hacer frente a los problemas de política exterior era también realista.

Sin embargo, a finales del siglo XIX, los estadounidenses comenzaron a cuestionar aquella tradición de permanecer en el hemisferio occidental. La ocasión para llevar a cabo aquel cambio repentino la iban a proporcionar las dificultades de España con su última colonia en el Nuevo Mundo, pero las fuerzas operativas fueron mucho más del interior que extranjeras. Como ya hemos señalado en capítulos anteriores, durante la segunda mitad del siglo XIX, la industrialización sería la gran fuerza que modeló la sociedad estadounidense. Por tanto, no es accidental que, en la década de 1890, momento en que triunfaba la industrialización, los estadounidenses quedaron prendidos por un interés sin precedentes en el imperio ultramarino.

2. CON LA VISTA PUESTA EN EL EXTERIOR

En cierto sentido, aquel movimiento en busca del imperio que tuvo lugar en Estados Unidos no era en absoluto nuevo. Ya desde el comienzo de su historia ese país había sido un imperio, tanto por su tamaño como por la tendencia a hacerse cada vez mayor. La expansión de Estados Unidos a lo largo del continente no fue tampoco una operación siempre pacífica. Hubo guerras constantes contra los indios, así como un conflicto mucho más serio contra el vecino México. Desde cualquier punto de vista, si se exceptúa el de los propios estadounidenses, a quienes les gustaba pensar que estaban llevando a cabo la voluntad de la Providencia, aquellas guerras y adquisiciones territoriales fueron imperialistas. Pero en la actualidad muchos estadounidenses —y también historiadores, por lo que se refiere a ese tema— han aceptado generalmente el punto de vista de los contemporáneos de que la expansión continental del pueblo estadounidense fue algo «natural» y parte de un Destino Manifiesto. Llegar de océano a océano y de los Grandes Lagos hasta el Golfo parecía algo tan limpio geográficamente como para creer que formaba parte de una intención divina. Lo que ya parece menos natural y, por tanto, más necesitado de explicación (y de justificación), fueron los movimientos de Estados Unidos fuera de sus fronteras continentales. Son precisamente esos movimientos los que reciben el nombre de imperialismo. Tanto

si se le denomina así, como si se habla, con mayor neutralidad, de expansionismo ultramarino, pareciera que se desafia abiertamente el tradicional modelo de conducta estadounidense en la escena internacional. Tanto es así que un historiador de la diplomacia como Samuel Flagg Bemis se ha referido a la toma de las Filipinas como «La Gran Aterración».

Es compleja la explicación que se pueda dar de ese giro hacia el exterior del pueblo estadounidense ocurrido a finales del siglo XIX. Comenzó mucho antes de la década de 1890. En cierto sentido, empezó a comienzos del siglo XIX, cuando los estadounidenses tuvieron por vez primera la idea de que la marcha hacia el océano Pacífico formaba parte de su «destino manifiesto»; puesto que sería al asentar firmemente los pies en la costa del Pacífico cuando comenzaron por vez primera a mirar más allá del océano en busca de nuevas tierras y mercados. De hecho, según ha demostrado Norman Graebner, la decisión de ocupar la costa del Pacífico y de incorporar California y Oregón a la Unión estaba relacionada casi desde un comienzo con el comercio asiático. La compra de Texas aproximadamente en la misma época y la anexión poco antes de Florida Occidental fueron claras consecuencias de la marcha hacia el oeste. Los estadounidenses emigraron hacia territorio español y después se hicieron lo suficientemente numerosos para rebelarse o para pedir a Estados Unidos que asumiese el poder. Pero ese imperialismo agrario no da cuenta de la adquisición de las tierras situadas a lo largo de la costa del Pacífico. Cuando, a finales de la década de 1840, adquirieron California y el territorio de Oregón, el número de estadounidenses que habitaban aquellas regiones era inapreciable. Ciertamente, había un buen número de estadounidenses en el valle de Willamette, en Oregón, pero la reclamación por parte de Estados Unidos de aquella parte del territorio de Oregón ni era nueva ni había sido discutida. Las zonas costeras del Pacífico comenzaron a llamar la atención de los dirigentes y del pueblo estadounidense como consecuencia de las actividades marítimas a través del Pacífico y de la expectativa de que podían llegar a convertirse en lugares que sirviesen de trampolín para que los estadounidenses abriesen los mercados y el comercio de Asia. El objetivo del conflicto diplomático entre la administración Polk y los británicos no fue otro que conseguir el gran puerto de Puget Sound, donde no había colonos estadounidenses, y el cual los británicos reclamaban de manera confidencial. La adqui-

sición de Alaska y de las islas Midway en 1867 por el secretario de Estado William Seward había sido también dictada por la creencia, como él mismo decía, de que «el océano Pacífico, sus tierras, sus islas y las vastas regiones del interior se convertirán en el principal teatro de acontecimientos en el mundo del futuro».

Sin embargo, ni la adquisición de la fachada del Pacífico ni la de Alaska movieron al Estados Unidos de los años que siguieron inmediatamente a la Guerra Civil a realizar una expansión más allá de su propio continente. Además, la adquisición de Alaska por parte de Seward fue ridiculizada como la compra de una nevera inútil. El interés de Grant por extender en 1870 la soberanía estadounidense a Santo Domingo fue abortado por un Senado y una opinión pública reueltos, que rechazaron firmemente la expansión más allá de las fronteras continentales ya establecidas. En resumen, ni las profecías de un secretario de Estado ni el activismo de un presidente con mentalidad imperialista podían conducir a los estadounidenses a poner en práctica una adquisición colonialista. Pero lo que no pudieron conseguir los gobernantes en 1870, otras fuerzas menos personales iban a lograrlo en la década de 1890.

Desde la década de 1790 nunca había sido la influencia de los asuntos internos sobre la política exterior más evidente que durante la última década del siglo XIX. La causa inmediata que provocó la adquisición de un imperio colonial durante aquellos años fue la guerra hispano-estadounidense, pues sería precisamente a partir de ese breve conflicto cuando surgiría la corriente de adquisiciones imperialistas. Pero las causas de esa guerra, lo mismo que las de la apropiación de nuevos territorios ultramarinos se encuentran enraizadas tanto en los asuntos domésticos como en los exteriores. La principal cuestión que se plantea es la siguiente. «¿Por qué una administración sinceramente reacia se mostró de acuerdo con la innegable exigencia popular de guerra en 1898?» Puesto que, como ya escribía un bostoniano a comienzos de ese mismo año, no se había encontrado con una sola persona de las clases altas «que considerara que teníamos alguna causa justificada para hacer la guerra. Sin embargo —seguía diciendo—, por debajo de esa corteza, el deseo de guerra es casi universal».

El interés popular por la causa cubana, incluso al coste de tener que librar una guerra contra España, brotaba de un variado número de fuentes. Ciertamente, el creciente reco-

nocimiento, tanto en el interior como en el extranjero, de que Estados Unidos era una gran potencia industrial provocó que muchos estadounidenses pensasen que su país tenía un nuevo papel que desempeñar en el mundo. Por ejemplo, fue durante la década de 1890 cuando los europeos comenzaron a quejarse de la «invasión estadounidense», con lo que se referían a la competencia en aumento en los mercados de sus propios países por parte de las manufacturas estadounidenses. Llevaban mucho tiempo acostumbrados a pensar en Estados Unidos como un competidor formidable en productos agrícolas, pero ahora Estados Unidos se había convertido también en el más importante productor del mundo de bienes manufacturados. Los estadounidenses se enorgullecían de su poderío económico y lo trasladaron rápidamente a la esfera del nacionalismo. Por ejemplo, no es sorprendente que fuese durante la década de 1890 cuando se fundó un buen número de sociedades patrióticas, como la de los Hijos de la Revolución Norteamericana o la de Hijas de la Revolución Norteamericana. Fue asimismo en esa década cuando comenzó el culto a la bandera nacional. Por primera vez se introdujo en las clases de las escuelas públicas el saludo a la bandera y la propia bandera. Los oradores parecían competir en las funciones públicas por ver quién de ellos era el que más alababa el poderío y el valor de Estados Unidos. «El lugar de esta nación está situado en la parte más alta de la columna de la civilización —salmodiaba un orador en una convención de veteranos en 1896—. No es que queramos situar a otras naciones por debajo [...]. Nuestra idea ha sido siempre y lo sigue siendo ahora la de señalar a otras naciones el camino a seguir para elevarse.»

Otras voces más importantes e influyentes se dejaron oír para expresar similares sentimientos nacionalistas. El dirigente intelectual, si no el real, de estos personajes públicos fue el almirante Alfred T. Mahan, cronista de asuntos navales. Su obra *The Influence of Sea Power Upon History* (1890) fue el primero de sus trabajos en los que animó a Estados Unidos a seguir una carrera que les pudiera situar en el mismo rango que las demás grandes potencias navales e imperialistas de la época. Mahan señalaba que, para hacer poderosa una nación, iban al unísono las flotas, las colonias y los mercados. El destino de Estados Unidos estaba claro. «Tanto si quieren como si no —profetizó en 1893—, los estadounidenses deben ahora comenzar a mirar hacia el exte-

rior.» Importantes figuras políticas, como Theodore Roosevelt y el senador Henry Cabot Lodge, e influyentes editores, como Walter Hines Page y Albert Shaw, se hicieron eco de sus puntos de vista.

Pero el interés popular por poner la vista en el exterior no derivaba todo él del orgullo o de la búsqueda del poder y el prestigio nacional. Parecía levantarse también de la incertidumbre y del miedo. Pues, con anterioridad a la expansión que tuvo lugar en la década de 1890, se dio un período de inquietud social, tiempos difíciles y descontento campesino. La depresión de 1893 levantó oleadas de huelgas, marchas alarmantes de trabajadores industriales sobre Washington, y el aumento en la extensión del descontento político que, llegado el momento, transfiguraría el Partido Demócrata. Es comprensible que algunos conservadores buscaran en la guerra y en los compromisos internacionales el medio de silenciar o, al menos, de acallar aquella inquietud y aquel descontento. «Mientras se pueda decir bien alto que ahora este país necesita una guerra —decía un periódico de Kansas—, aunque haya quien no crea, y que de hecho no sepa, que una cosa así aclararía la atmósfera y acabaría con el crecimiento del descontento y de la anarquía, con el malestar y los prejuicios locales que están ganando terreno en esta nación.» Un miembro del gabinete del presidente Cleveland creía, en 1896, que el excesivo nacionalismo de la época era «inexplicable excepto si se tiene en cuenta la inquietud de nuestro pueblo y el deseo de dedicarse más a los asuntos exteriores que a los del interior». Más aún, para muchos cristianos estadounidenses, de mentalidad humanitaria, la intervención en Cuba era necesaria para detener la guerra cruel contra el pueblo cubano y para librarlo del dominio español. De esta manera, demócratas radicales como William Jennings Bryan se convirtieron en intervencionistas tan decididos en el caso cubano como los republicanos belicosos del estilo de Theodore Roosevelt.

Pero existían también razones más pragmáticas que llevaron a muchos de los dirigentes estadounidenses de mediados de la década de 1890 a mirar hacia fuera para salvaguardar sus intereses. Los agricultores de cereales habían estado exportando durante largo tiempo sus excedentes de grano y, como ha probado William Appleman Williams, dependerían durante mucho tiempo aún y cada vez más de los mercados ultramarinos. Según había afirmado el orador populista «Sin Calcetines» Jerry Simpson: «Sucede que tenemos un enorme

excedente agrícola [...]. Aquí no tenemos mercados. Necesariamente, los agricultores deben buscar un mercado en el exterior.» No es sorprendente que los dirigentes políticos estuvieran al tanto de ese asunto. «Ha sido una fuente de constantes cavilaciones y de un celoso esfuerzo por parte de la administración —decía en 1891 el presidente Benjamin Harrison—, con el fin de asegurar mayores mercados extranjeros para nuestros productos agrícolas.»

Los excedentes agrícolas podían haberse considerado una vieja historia, pero la creciente capacidad de la industria estadounidense para producir artículos a manos llenas era algo nuevo. La medida de la existencia de esta capacidad industrial cada vez más elevada nos la proporciona el hecho de que, en 1897, y por primera vez en la historia de Estados Unidos, el valor de las exportaciones de productos manufacturados excedió a las importaciones; que ese mismo año fuese testigo del mayor margen diferencial entre las exportaciones y las importaciones en la historia de Estados Unidos nos sugiere la creciente dependencia de la economía de los mercados extranjeros. Más aún, la capacidad económica estadounidense era tan grande en la década de 1890 que hombres de Estado y de negocios responsables se asombraban de que la nación pudiese absorber los excedentes. Ya en 1890, el secretario de Estado James G. Blaine había llamado la atención sobre la necesidad de conseguir nuevos mercados exteriores si es que las fábricas de Estados Unidos no acababan asfixiadas por su propio exceso de producción. Algunos dirigentes republicanos trataron de hacer frente al problema por medio de la expansión del comercio estadounidense en el exterior a través de acuerdos de reciprocidad. De esta manera, el arancel MacKinley de 1890 contenía una cláusula de reciprocidad y la plataforma republicana de 1896 incluía un punto importante en favor de esa misma reciprocidad. Los republicanos no eran los únicos que reconocían ese problema. El secretario de Estado demócrata Walter Q. Gresham consideraba, en 1894, que existía un evidente peligro de conmociones sociales desde el momento en que «nuestros talleres y nuestras fábricas pueden abastecer la demanda interior funcionando sólo seis o siete meses al año». El comienzo de la depresión de 1893 hizo aun más urgente la búsqueda de nuevos mercados. Demócratas como el secretario del Tesoro William L. Wilson defendieron un arancel bajo basándose en que haría posible la apertura de mercados nuevos y, a partir de ahí, mejoraría la posición de la mano de

obra, puesto que, según como estaban las cosas, Wilson afirmaba que «ninguna de nuestras industrias punteras podía encontrar una manera de actuar libre y satisfactoria circunscrita a los límites marcados por nuestros mercados interiores». Cleveland y su secretario del Tesoro John Carlisle creían que la consecución de nuevos mercados podía contribuir a contener las salidas de oro que se había convertido en una plaga para la administración durante los primeros meses de la depresión. En la época de esa depresión de 1893, la Asociación Nacional de Fabricantes sirvió de base como ayuda a la apertura de nuevos mercados en América Latina. No es insignificante el que Richard Olney, secretario de Estado de Cleveland, que había adoptado una posición de fuerza contra Gran Bretaña en la crisis venezolana, años después recordase a 1895 como el año en que había quedado perfectamente claro que las relaciones exteriores de Estados Unidos habían adquirido un nuevo rumbo. En un escrito de 1898 decía que había una «patente necesidad de [...] buscar más mercados y de ensanchar los que ya se poseían para el consumo de los productos de la industria y del genio inventivo del pueblo estadounidense». Los mercados interiores ya no eran suficientes.

Dentro de este complejo de actitudes y de necesidades, la insurrección cubana de 1895 acaeció como un acontecimiento fortuito, pero en buena medida resultante. Durante tres años los estadounidenses contemplaron con un compromiso creciente los esfuerzos realizados por España para suprimir a los rebeldes cubanos y salir así al paso de la intervención de Estados Unidos en Cuba. Pero cuando se hizo evidente que España no podría aplastar la rebelión y que tampoco concedería la independencia a los cubanos, Estados Unidos entró en la guerra al dado de estos últimos. Con la declaración de guerra, el deseo imperial estadounidense consiguió un nuevo y propicio campo de operaciones. La propia Cuba no se podía anexionar, puesto que la llamada Enmienda Teller a la declaración de guerra prometía la independencia de la isla. Pero nada se decía de las posesiones españolas en el Pacífico, e iba a ser en ellas donde el imperialismo estadounidense encontraría su expresión.

La primera manifestación concreta de ese nuevo imperialismo fue el nuevo despertar del interés por anexionarse las islas Hawai. En 1893, la administración Harrison había negociado un tratado de anexión sólo para que el nuevo presidente anticolonialista Grover Cleveland lo retirase de la

confederación del Senado. Sin embargo, a comienzos de julio de 1898, menos de tres meses después de comenzada la guerra con España, Hawai fue anexionada por una resolución conjunta del Congreso, para la que se requería únicamente la mayoría simple. De manera harto significativa, por la misma época Estados Unidos tomaba posesión de la isla de Guam, también bajo dominio español, y de la de Wake, también en el Pacífico. Con Hawai, Midway, Wake y Guam, Estados Unidos poseía ahora una serie de puntos de aprovisionamiento o de «pasaderas» que ocupaban las tres cuartas partes del trayecto entre California y China. El siguiente «paso» natural lo constituía Filipinas.

Algunos historiadores, al dar cuenta del ataque naval de Estados Unidos sobre Manila, incluso antes de que las tropas estadounidenses hubiesen desembarcado en Cuba, han dado mucha importancia a las actividades de Theodore Roosevelt como subsecretario de Marina. Es bien cierto que, antes de que estallase la guerra con España, Roosevelt, que se encontraba accidentalmente a cargo del departamento, ordenó al almirante George Dewey, quien se hallaba estacionado en aguas asiáticas, que se preparase para un ataque contra Filipinas en el caso de que se abrieran las hostilidades con España. Es igualmente cierto que Roosevelt era un imperialista al tiempo que un creyente convencido en la terapia social de la guerra; pero ahora parece evidente que el interés de la administración McKinley por las Filipinas no le fue impuesto. Por ejemplo, es bien significativo que, al regreso a su cargo del secretario de Marina, no revocó la orden que Roosevelt había dado a Dewey. Más aún, nada había de siniestro, ni incluso de extraño en la orden de Roosevelt de tomar posiciones cerca de una posesión española en el caso de que se abriesen las hostilidades con ese país; era lo prudente y lo que se esperaba que se hiciese. Sin embargo, y como resultado de aquel ataque, y antes de que acabase la guerra en Cuba, Filipinas estaba en manos estadounidenses, y con el presidente McKinley enfrentado a la decisión de qué hacer con ellas.

La decisión de McKinley de conservar las Filipinas fue aceptada indudablemente por una serie de motivos. De hecho existía un fuerte sentimiento a lo largo y ancho del país de que Estados Unidos debía poseer un imperio, o al menos eso es lo que parecía sentir McKinley después de realizar una gira pronunciando discursos con el fin de sondear la opinión pública. Además, la administración temía también que si

Estados Unidos no tomaba las islas, podían muy bien hacerlo Japón o Alemania, y tal eventualidad se consideraba que no era positiva ni para los filipinos ni para la continuación de la influencia estadounidense sobre el Pacífico occidental. Y además, se barajaba también la cuestión del interés económico de Estados Unidos por Asia.

Teniendo en cuenta las actividades llevadas a cabo por la administración McKinley las semanas que precedieron a esa toma de decisión, el interés por el mercado chino destaca por encima de las demás razones que explican por qué se tomaron las Filipinas. Es cierto que, con anterioridad a la ruptura de hostilidades con España en Cuba, la mayor parte de los hombres de negocios estadounidenses no estaban a favor de la guerra, pues consideraban que el conflicto serviría más para desorganizar el comercio que para hacerlo progresar. Pero los rumores acerca de la enormidad del mercado chino habían sido durante años una fuente de discusiones públicas y privadas, a pesar de la inexistencia de algún conocimiento seguro de que los chinos se hallasen en condiciones de adquirir muchos productos. Ante la naciente producción de las fábricas estadounidenses, la apertura de nuevos mercados ocupaba un lugar importante en la agenda de la administración. La adquisición permanente de las Filipinas, situadas junto a las costas de China y en el extremo de aquel arco de «pasaderas» recientemente conseguido, formado por Hawai, Wake y Guam, podía significarle a Estados Unidos una vía de acceso especial y ventajosa hacia el enorme mercado asiático. Según señaló Mark Hanna, el más próximo consejero de McKinley y, al mismo tiempo, hombre de negocios, la posesión de las Filipinas le permitiría a Estados Unidos «hacerse con una gran tajada del comercio asiático. Eso es lo que queremos. Estamos dispuestos a participar en el comercio de Extremo Oriente y es mejor golpear el hierro cuando todavía está caliente». Incluso en julio de 1898, cuando la anexión de Hawai estaba siendo discutida en el Senado, el senador George F. Hoar le dijo al presidente McKinley que los defensores de la anexión sostenían que Hawai era esencial «para ayudarnos a conseguir la parte que nos correspondía de China».

El imperialismo estadounidense difería entonces de la forma clásica europea en que no pretendía conseguir un control administrativo sobre los mercados y los pueblos, sino principalmente un acceso a los mercados. El control político podía seguir estando en manos de los nativos. Un congresista

del Medio Oeste señaló lo siguiente a propósito de la anexión de Hawai: «Puedo distinguir entre la política cuyo fin es el de sembrar colonias en todas las islas del mar y en todas las tierras del continente, de aquella otra que nos asegure simplemente las facilidades del comercio que los nuevos métodos comerciales convierten en absolutamente esenciales.» (Las islas pasaderas proporcionarían los necesarios centros de abastecimiento de combustibles para los navíos de guerra y para los mercantes al tiempo que servirían de estaciones de comunicaciones submarinas.)

La administración McKinley actuó a partir de esta distinción entre imperialismo colonial y comercial cuando tomó las Filipinas. Aunque se trate de un sumario altamente partidista de ese movimiento estadounidense en favor de la adquisición de un auténtico patrimonio en el Pacífico, quizás el resumen más claro sea el del bien conocido orador republicano Chauncey M. Depew, en un discurso dirigido a la convención de su partido en 1900. «El pueblo estadounidense produce ahora el equivalente a dos mil millones de dólares más de lo que puede consumir, y nos hemos enfrentado a esa emergencia, y con la divina providencia, con la dirección gubernamental de William McKinley, y por el valor de Roosevelt y de sus agregados, tenemos nuestro mercado en Cuba [...], en Puerto Rico [...], en Hawai [...], en las Filipinas, y nos encontramos en presencia de ochocientos millones de personas, con el Pacífico convertido en un lago de Estados Unidos, y con los productores estadounidenses fabricando artículos mejores y más baratos que cualquier otro país del mundo [...]. Dejemos que siga aumentando la producción [...], dejemos que las fábricas hagan cuanto puedan, que la mano de obra siga empleada con los salarios más elevados, puesto que el mundo es nuestro, y lo hemos conquistado con los principios republicanos.»²

Dos elementos subsiguientes en los asuntos exteriores de Estados Unidos añaden solidez a la interpretación de que los intereses estadounidenses por las Filipinas habían sido dictados teniendo en cuenta más el problema del comercio que el del territorio y el sometimiento de los pueblos. El primero de ellos nos habla de que, en el espacio de dos años —es decir, en 1901 como muy tarde— el claro impulso de los estadounidenses en favor de la expansión territorial remitió, evidentemente para bien. No se volvió a adquirir otro territorio, si se hace excepción de algunos fragmentos por motivos especiales, como es el caso de la Zona del Canal de Panamá o

las Islas Vírgenes. Además, se abandonaron casi enteramente todos los territorios conseguidos durante la época de la Gran Aberración —como fue el caso de las Filipinas—, o se incorporaron totalmente a Estados Unidos, como en los ejemplos de Hawai y de Alaska. Más aún, apareció un rechazo tan repentino a la adquisición de nuevos territorios que, ya en 1907, el en otro tiempo ferviente imperialista Theodore Roosevelt denominaba a las Filipinas el «talón de Aquiles» de las defensas de Estados Unidos en el Pacífico. La Ley Jones prometía por fin en 1916 la independencia de las Filipinas, que sería concedida exactamente treinta años más tarde.

La segunda serie de acontecimientos que sugieren que la expansión de Estados Unidos en 1898 estuvo dictada más por motivos comerciales que coloniales es la declaración de la política de Puertas Abiertas hecha en 1899 por el secretario de Estado John Hay.³ Cuando Hay vio que las grandes potencias estaban muy cerca de dividir China en esferas cerradas de actividad económica, trató de salir al paso de la posibilidad de que Estados Unidos, como recién llegado a Asia, pudiese quedar al margen del supuesto gran mercado chino. Por ello, en septiembre de 1899, envió a cada una de las potencias europeas que realizaban actividades en China una nota idéntica, en la que pedía «reconociesen formalmente» el que todos pudiesen «disfrutar de una perfecta igualdad comercial y de navegación dentro» de las esferas de interés de los demás. Los historiadores se han referido a menudo a las notas de esa política de Puertas Abiertas como un ejemplo especialmente notable de la ineptitud y de las vanas ilusiones que se hacía la política exterior estadounidense, debido a que la respuesta de las grandes potencias fue evasiva y vaga y a que el nivel de aceptación de Hay era exactamente indeterminado.

Es bastante cierto, según admitió Hay en 1901 en respuesta a una pregunta japonesa, que Estados Unidos no se hallaba preparado «para intentar solo o coaligado con otras potencias imponer esos puntos de vista en el este llevando a cabo una demostración que pudiese revestir un aspecto de hostilidad contra cualquier otra potencia». Y también es cierto que, en el siglo xx, los mismos Estados Unidos trataron de conseguir privilegios exclusivos en China en violación de sus propios principios de Puertas Abiertas. Pero cualesquiera que fueran los defectos de aquella política —y eran bastantes—, sigue manteniéndose el hecho de que el objetivo de tal política era el de mantener abierto a las empresas estadouni-

denses el supuestamente enorme mercado chino. Por lo tanto, la política de Puertas Abiertas continuaba la que había puesto en práctica Estados Unidos a lo ancho del Pacífico por medio de sus islas pasaderas: el acceso al comercio potencial de China.⁴

La política de Puertas Abiertas es asimismo importante porque significó la ampliación de dos principios fundamentales de la temprana política estadounidense: la libertad de comercio y la autodeterminación. De esta manera, en el transcurso del siglo xx, la política de Puertas Abiertas incluyó la idea de que debía mantenerse la integridad territorial de China. Ambas ideas se convertirían en las piedras miliare de la política de Estados Unidos en Asia. Irónicamente, al mismo tiempo Estados Unidos esperaba que Japón se convirtiera en cómplice para mantener abierta la puerta de Asia, pues este país asiático, lo mismo que Estados Unidos, era un recién llegado al comercio y a los mercados de China. Pero incluso ya antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, era evidente que Japón, con sus crecientes intereses en China, iba a ser el más encarnizado oponente a esa idea. Por tal razón estamos tentados a ver aquellas notas de Puertas Abiertas de 1899 como los primeros pasos del camino que conduciría hasta Pearl Harbour. Más aún, el historiador Akira Iriye comienza su relato sobre el alejamiento resultante de la expansión japonesa y estadounidense en los años finales de la década de 1890.

Si la guerra hispano-estadounidense y la adquisición de un nuevo imperio ultramarino significaron el abandono de la tradicional política de Estados Unidos, en un sentido menos evidente, los acontecimientos de finales de la década en 1890 no constituyeron en absoluto un abandono auténtico de esa política. Ciertamente, el país se veía ahora comprometido en zonas que en otro tiempo eran periféricas a sus problemas. De ahora en adelante, Asia tendría para Estados Unidos un interés continuo y creciente, hasta el punto de que, en 1966, el presidente Lyndon Johnson podía referirse a Estados Unidos como a una potencia del Pacífico. En ese sentido, la guerra hispano-estadounidense constituyó un cambio significativo en la historia de las relaciones de Estados Unidos con el mundo. Pero si se define el aislamiento de la manera en que lo hacía George Washington, es decir, refiriéndose con ello a no firmar alianza alguna con Europa, entonces debemos buscar en alguna otra parte para encontrar la primera ruptura verdadera con la tradición. Pues incluso después

de haber conseguido las Filipinas, Estados Unidos estaba aún libre de haber actuado por conveniencia; su libertad unilateral no se veía limitada por acuerdo multilateral alguno. Después de 1898, muchos estadounidenses creían aún que se hallaban aislados de los problemas del mundo. Por ejemplo, en 1943, Walter Lippmann, que en 1915 se había convertido en uno de los editores del *New Republic*, decía: «No recuerdo haber tenido interés por clase alguna de problemas de política exterior hasta después de la ruptura de hostilidades en la Primera Guerra Mundial [...]. Seguía siendo bastante desconocedor de las consecuencias revolucionarias de la guerra hispano-estadounidense.»

3. LA DECISIÓN MÁS DESGRACIADA.

Nada hay que ilustre con mayor claridad el sentido de aislamiento estadounidense con respecto a los problemas europeos que la reacción que tuvo lugar en el interior del país al romperse las hostilidades en la guerra europea de 1914. El presidente Wilson no se limitó sólo a proclamar la neutralidad de Estados Unidos: se sintió obligado a pedirles también a los estadounidenses que fuesen neutrales tanto en pensamientos como en hechos. Un periódico de Boston se mofaba de esta guisa por la misma época: «Ya ha sucedido lo peor que podía ocurrir en esta guerra cruel: ha subido el precio de las judías.» La significación del movimiento gradual pero continuo del país hacia la guerra no es el de que tuviese como resultado una declaración de hostilidades, sino el de que, durante dos años y medio, la mayor parte de los estadounidenses, desde el presidente hacia abajo, creyesen que Estados Unidos podía mantenerse al margen de la guerra. El hecho de que sucediese justo lo contrario se ha convertido en un tema de interés prioritario desde siempre, tanto para los historiadores como para el resto de los ciudadanos. En particular durante las décadas de 1920 y 1930, escritores como C. Hartley Grattan y Walter Millis, e historiadores profesionales como C. C. Tansill, grávaron profundamente en la opinión pública la idea de que la participación estadounidense en la guerra en 1917 obedeció a causas económicas y de otra clase que no reflejaban los verdaderos intereses nacionales. Sin embargo, historiadores más recientes han comenzado a considerar inadecuadas las motivaciones económicas. Es cierto que la amistad inicial con la causa de los

Aliados se vio reforzada por un naciente comercio de productos y de municiones, cuyas ventas contribuyeron a sacar a Estados Unidos de una pequeña depresión en 1914. Y es también cierto que el secretario de Estado William Jennings Bryan dimitió de su cargo dando como motivo los préstamos a los beligerantes puesto que temía el efecto de las crecientes relaciones económicas entre Estados Unidos y los Aliados sobre la política de neutralidad de su país. No obstante, hoy en día la mayor parte de los historiadores rechazan una sencilla, o incluso extensa, justificación económica para explicar la decisión de la entrada en guerra en 1917. Ciertamente, una razón para rechazar tal explicación es la de que, en 1916, la economía del país se encontraba a un nivel tan elevado que, incluso si se hubiera paralizado el comercio con los Aliados, probablemente no se habría visto seriamente afectada la prosperidad del país. Pero la razón principal que conduce a considerar la influencia económica como de segunda fila es la de que, por lo que se refiere a quienes toman las decisiones, tales influencias, hasta allí donde pueden rastrearse, eran débiles o inexistentes. La neutralidad ocupaba un lugar preeminente en la mente de Wilson; y los análisis de los historiadores modernos le dan vueltas y más vueltas al tratamiento que él dio a este problema.

El énfasis puesto por Wilson en la protección de los derechos de Estados Unidos como país neutral desde el punto de vista comercial se encontraba bastante en línea con la tradición diplomática estadounidense. La doctrina de que «los productos libres hacen a los barcos libres» fue uno de los principios fundamentales aprobados por el Congreso Continental en el Tratado Modelo de 1776. Madison y Jefferson insistirían ambos en las ventajas que le reportaría a Estados Unidos el mantener la neutralidad comercial durante una guerra. «El nuevo mundo engordará con las locuras del viejo», sería la manera cínica en que Jefferson se referiría a ese tema. Según escribió el historiador de la diplomacia Richard Leopold, «en los años de formación, el principio de neutralidad iba únicamente a la zaga del aislamiento como norte a seguir por la diplomacia estadounidense».

La concepción de Wilson de los derechos de neutralidad —que seguía consolidando el derecho internacional— afirmaba que Estados Unidos era libre de comerciar en productos que no fueran de contrabando con cualquier país beligerante que deseara y que sus súbditos eran también libres de viajar sin ser molestados en los navíos de cualquiera de los países

beligerantes. Hay que resaltar que esta visión de los derechos de neutralidad chocaba con fuerza tanto con las prácticas británicas como con las alemanas. De hecho, el choque adquiriría mayores resonancias si se tiene en cuenta que Gran Bretaña era una importante potencia naval y, por tanto, se hallaba en condiciones de interferir en el comercio de Estados Unidos con una Alemania bloqueada. Más aún, durante un tiempo, en los años 1915-1916, en un momento en que las dificultades con los alemanes se hallaban en un período de calma, las relaciones angloestadounidenses se encontraron muy cerca de la ruptura debido al derecho de los estadounidenses a comerciar con los alemanes sin interferencias. El motivo que separaría la conducta antineutralista británica de la de Alemania sería el submarino.

Desde el momento en que Gran Bretaña era la primera potencia naval de la época, estaba en condiciones de bloquear a Alemania con barcos de superficie y, por tanto, no necesitaba de aquella nueva arma naval, el submarino. Por el contrario, Alemania, como potencia continental con una marina inferior a la británica, se veía obligada a hacer un uso máximo de un arma que prometía superar aquella inferioridad. El submarino permitió a Alemania llevar a cabo un bloqueo de las islas británicas que habría sido imposible con navíos de superficie, dada la superioridad de la marina británica. Pero, con el fin de utilizar el submarino de manera efectiva como arma de bloqueo, Alemania tenía que hacer caso omiso de dos de las reglas principales de la guerra internacional tradicional; a saber, que, en el hundimiento de barcos mercantes, previamente se les debía avisar y tenía que salvaguardarse la vida de la tripulación y los pasajeros. Este último requerimiento quería decir que debían ser recogidos o puestos a salvo. Tal regla se había originado con anterioridad a la invención del submarino, y no presentaba problemas cuando se trataba de un bloqueo realizado por unidades de superficie. Sin embargo, en el caso de un submarino, esa convención no se podía mantener —en esa clase de navío no existía espacio libre en el que poder alojar otra gente que la tripulación— y era esencialmente autodestructiva. Debido a la delgadez de su casco y al débil armamento que llevaban consigo, la única seguridad que poseían los submarinos contra los barcos de guerra o incluso contra hombres armados en un barco mercante era su capacidad para aproximarse bajo las aguas sin ser detectado. Dar señales de aviso o recoger a los supervivientes significaba privar al submarino de la

única ventaja que poseía como arma y se convertía en una invitación a la destrucción.

Los alemanes sabían muy bien que el submarino no se ajustaba a los cánones tradicionales del derecho internacional, pero, considerando la inferioridad que padecían en cuanto a navíos de superficie, no podían renunciar a las ventajas que podían derivarse de su utilización. Bajo la insistente presión llevada a cabo por Wilson en 1915 y 1916, aceptaron a regañadientes, primero, no hundir buque alguno de pasajeros y, después, en el compromiso de Sussex de mayo de 1916, no echar a pique barco mercante alguno que no fuera armado, tanto si era de un país neutral o registrado en alguno de los beligerantes. Sin embargo, Wilson no fue capaz de conseguir la seguridad por parte de los Aliados de que, como contrapartida, dejarían de armar a sus mercantes. Dado el uso continuado de barcos mercantes armados por parte de los Aliados, la ruptura del compromiso de Sussex fue inevitable para los alemanes y, por lo tanto, Wilson se vio obligado a llevar a Estados Unidos a la guerra en contra de los alemanes. Wilson estuvo convencido siempre de que su política de firmeza hacia los alemanes sin entrar en guerra era lo que el pueblo estadounidense quería. Por ejemplo, cuando, en 1915, William Jennings Bryan dimitió de su cargo, Wilson le concedió que no estaba clara la existencia de un modo seguro de poner en práctica «el doble deseo de nuestro pueblo: el de mantener un frente firme respecto de lo que exigimos a Alemania, y no hacer cosa alguna que implique siquiera una posibilidad de vernos comprometidos en la guerra». Al contrario que Bryan, Wilson estaba dispuesto a correr el riesgo. Por desgracia para el anhelo de Wilson de satisfacer «el doble deseo» del pueblo estadounidense, el ejército y la marina alemanes estaban convencidos de que la única manera posible de derrotar a los Aliados consistía en desplegar una ofensiva submarina total. A largo plazo, no les disuadió el miedo al posible compromiso de Estados Unidos. El submarino constituía su mejor arma contra Gran Bretaña, y el apoyo de Estados Unidos a los Aliados se consideraba ya de tal magnitud que su participación total en la guerra no significaba un precio excesivamente elevado a pagar por el uso total y sin restricciones de un arma poderosa y posiblemente indispensable. Así, cuando los alemanes anunciaron el 31 de enero de 1917 la reanudación sin restricciones de la guerra submarina, a Wilson le quedaban escasas alternativas, dada su defensa de los derechos y del honor de Estados Unidos en el

pasado, particularmente en mayo de 1916, en el momento del compromiso de Sussex.³ Esperó dos meses más en los que los submarinos alemanes fueron acumulando pruebas irrefutables de la intención de Alemania de llevar a cabo una guerra total contra cualquier clase de navío en el Atlántico Norte, a costa incluso de las vidas y los buques estadounidenses. Al quedarle únicamente la humillación como alternativa, Wilson eligió la guerra.

Ya a partir de la Primera Guerra Mundial, tanto el pueblo estadounidense como los historiadores se han enfrentado a dos cuestiones fundamentales relacionadas con ese conflicto. Una de ellas, que ha ido recorriendo como un hilo rojo toda esta discusión de la entrada de Estados Unidos en la guerra, es la siguiente: ¿podía Estados Unidos haberse mantenido al margen de aquel conflicto? Y la otra es ésta: si hubiera sido posible mantenerse al margen, ¿habría actuado así Estados Unidos? De otra manera, ¿fue un error la participación en la Primera Guerra Mundial? La respuesta que numerosos estadounidenses dieron a ambas cuestiones durante las décadas de 1920 y 1930 fue un «sí» rotundo.⁴ Veamos las dos preguntas por separado.

Desde un punto de vista puramente práctico, es muy probable que Estados Unidos habría podido evitar la entrada en la guerra en 1917, si hubiese deseado abandonar su concepción del derecho internacional y sus derechos como país neutral. Es muy improbable que Alemania hubiese atacado a Estados Unidos sin mediar provocación; sin la existencia de relaciones comerciales entre Estados Unidos y los Aliados, no hubiera habido ocasión alguna de conflictos o de incidentes entre Estados Unidos y Alemania. Pero otra cuestión muy distinta es la de que, si en el contexto de 1917, el pueblo estadounidense, y mucho menos su escrupuloso presidente, habrían aceptado un abandono voluntario de los derechos tradicionales. En 1812, cuando Estados Unidos era mucho menos formidable, fue a la guerra por sus derechos de país neutral; en 1917, una causa parecida no podía hacer otra cosa sino contribuir a evocar una respuesta similar de un Estados Unidos mucho más poderoso. Es cierto que Wilson mantuvo un nivel mucho más elevado que algunos otros dirigentes gubernamentales. Por ejemplo, el secretario de Estado Bryan estaba preparado para hacer un largo camino hasta abandonar los derechos de neutralidad en favor de la paz. Y en 1916, algunos senadores recomendaron que se prohibiera a los estadounidenses viajar en barcos con bandera

de los países beligerantes, puesto que era precisamente la muerte de ciudadanos estadounidenses lo que convertía a las infracciones alemanas de los derechos como país neutral en mucho más intolerables que la interferencia británica en el comercio de Estados Unidos. Sin embargo, Wilson no les haría caso. «Por mi parte —le escribió en 1916 a un senador que apoyaba la resolución McLemore por la que habría prohibido que los estadounidenses viajasen en barcos con bandera de los países beligerantes por la zona de guerra—, bajo ningún aspecto puedo consentir la más mínima disminución de los derechos de los ciudadanos estadounidenses. Están en juego el honor y la dignidad de la nación. Deseamos la paz y la mantendremos a cualquier precio, excepto el de la pérdida del honor. Prohibir a nuestro pueblo el ejercicio de sus derechos por miedo a que podamos estar obligados a defenderlos se convertiría además en una profunda humillación [...]. Se trataría de una abdicación deliberada de nuestra hasta ahora orgullosa posición como interlocutores [...] en favor de la ley y el derecho [...]. Una vez aceptada la simple disminución de un derecho, la seguirán con certeza muchas otras humillaciones, y toda la construcción del derecho internacional puede deshacerse entre nuestras manos trozo a trozo.»

Posteriormente, durante la década de 1930, el rechazo de la dura defensa llevada a cabo por Wilson en favor de la neutralidad y del derecho internacional fue tan rotundo que se abandonó toda la estructura defendida por él. Las llamadas Leyes de Neutralidad de 1935-1937 prohibían a los estadounidenses viajar en barcos de bandera de los países beligerantes en tiempos de guerra, enviar dinero a los beligerantes o vender municiones a las naciones en conflicto. En la década de 1930, los estadounidenses aplicaron aquello que consideraban lecciones aprendidas en la Primera Guerra Mundial al problema de la guerra en su propia época. Probablemente nunca antes se había utilizado la historia de una manera tan deliberada y mecánica en la formulación de la política exterior.

El supuesto más importante subyacente a la legislación neutralista de la década de 1930 era el de que, si Estados Unidos podía haberse mantenido al margen de la guerra en 1917, era precisamente eso lo que debería haber hecho. Sin embargo, a partir de la Segunda Guerra Mundial, este supuesto se cuestionó cada vez más. (Como sucede a menudo en la interpretación histórica, los desarrollos subsiguientes cambian con bastante certidumbre el significado de un aconte-

cimiento. El intento de Hitler por dominar Europa ha hecho que los hombres contemplan a la potencia de Alemania en 1917 a una luz muy distinta, aunque no necesariamente más adecuada.) Walter Lippmann y algunos otros han sostenido que la razón fundamental por la que Estados Unidos entró en guerra en 1917 no fue la de mantener sus derechos de neutralidad, aunque sería eso lo que le proporcionaría la ocasión. La verdadera razón era la de conservar el equilibrio de poder en Europa, la de evitar que Alemania dominase el continente, acontecimiento que habría ocurrido posiblemente de haber sido derrotados los Aliados. Y aquella derrota podía muy bien haber sucedido si no se hubiesen enviado tropas estadounidenses a Francia. El Tratado de Brest-Litovsk, que una Alemania victoriosa impuso a la Rusia bolchevique en 1918, nos da alguna idea de lo que aquella derrota podía haber significado. En aquel acuerdo, Alemania conseguía el control sobre las provincias bálticas de Rusia, el dominio sobre Polonia y un protectorado sobre Ucrania que iba a ser separada de Rusia. Parece razonable creer que, si Italia y Alemania hubiesen ganado en Occidente como había ocurrido en el este, habrían impuesto a Francia y a Bélgica una parecida paz cartaginesa. Una paz de esas características habría dejado a Alemania como dueña y señora del continente, convertida en amenaza para Gran Bretaña, para el resto de Europa e incluso para Estados Unidos.

Pero cualesquiera que hayan sido los argumentos para defender la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, la afirmación de que, en 1917, tales consideraciones dieron forma a la decisión de entrar en guerra no se ve corroborada por la evidencia. Como ha demostrado Robert Osgood, ni siquiera un personaje tan belicoso como Theodore Roosevelt llegó alguna vez a defender que la seguridad de Estados Unidos dependiese de la derrota de Alemania. Las llamadas insistentes del presidente Wilson en favor de mayores acciones contra Alemania estaban habitualmente expresadas en términos de una lucha contra un enemigo de la civilización más que en el sentido de que significase una amenaza para Estados Unidos de alguna manera específica. De modo parecido, el embajador Walter Hines Page y el secretario de Estado Robert Lansing, dos de los consejeros oficiales más próximos a Wilson y que favorecían la guerra contra Alemania, raras veces hablaban de la necesidad de mantener el equilibrio de poder en Europa, ni siquiera en su correspondencia privada. El propio Wilson tenía a finales de 1914 la

idea de que «incluso en el caso de que Alemania resultase vencedora, no estaría seriamente en condiciones de significar una amenaza para nuestro país durante muchos años [...]. No creía que existiese el más mínimo peligro para su país procedente de una invasión extranjera, ni siquiera aunque los alemanes tuvieran éxito», escribía el coronel Edward House, el amigo más íntimo del presidente. Y según ha señalado Ernest May, «Wilson no se había retractado» de aquella afirmación en el momento en que tomó la decisión de entrar en guerra. A Arthur Link, biógrafo de Wilson, le gustaría creer que en la decisión del presidente desempeñaron un papel importante aquellas consideraciones sobre el equilibrio de poder en Europa. Pero incluso él mismo se ha visto obligado a admitir que no existe evidencia directa alguna que permita sostener ese punto de vista.

Ciertamente, la defensa pública por parte de Wilson de la entrada de Estados Unidos en la guerra estaba exenta de cualquier llamamiento al interés propio o de que se debiera evitar una amenaza para la seguridad estadounidense en un futuro próximo. De hecho, el principal argumento de Wilson antes y después de la decisión de entrar en guerra era el de que Estados Unidos actuaba en defensa de un principio, y no en interés propio. Por ejemplo, en su mensaje de guerra, hablaba del submarino no como de una amenaza para la seguridad de Estados Unidos, sino como de «una guerra contra todas las naciones [...]. Se le ha arrojado un desafío a toda la humanidad». Dos días antes de que se embarcase hacia París, después de finalizada la guerra, para mantener el encuentro con los jefes de Estado del que saldría el tratado de paz con Alemania, Wilson le decía al público que le escuchaba que «estamos en condiciones de ordenar y organizar esta paz no sólo para nosotros mismos, sino también para los demás pueblos del mundo [...]. Lo que buscamos es la justicia internacional, no únicamente la seguridad interior». Más tarde, al defender el tratado, decía: «Amigos, no fuimos a Francia a luchar para conseguir algo especial para Estados Unidos. No enviamos hombres a cinco mil kilómetros de distancia para defender nuestro territorio. No recogimos el guante que Alemania nos había arrojado porque Estados Unidos hubiese sido ofendido especialmente. Estados Unidos no había sido ofendido especialmente. Enviamos allá a aquellos hombres porque los pueblos libres de todos los lugares se encontraban en peligro y nosotros hemos sido siempre, y

lo seguiremos siendo, los campeones del derecho y la libertad.»⁷

4. EL ABANDONO DE UN COMPROMISO

Cuando Wilson llevó a los estadounidenses a la guerra, les prometió que de la lucha emergería un nuevo orden internacional. Incluso aunque el tratado firmado en Versalles no era aquella paz sin vencedores ni vencidos de la que había hablado Wilson, el presidente confiaba en que su Sociedad de las Naciones podía corregir con el tiempo las desigualdades impuestas por el tratado de paz. Por consiguiente, el hecho de que Estados Unidos no se uniese a la Sociedad fue para él una gran derrota y un desengaño terrible. Como muy bien sabía Wilson, la Sociedad estaba bastante en la línea de la tradición estadounidense de la existencia de un orden legal mundial que sirviese para asegurar la paz. Es cierto que ningún presidente anterior había impulsado una institución de esas características, pero los supuestos subyacentes estaban muy próximos a los de Madison y Jefferson cuando hablaban de la ley natural y de un nuevo orden en los asuntos internacionales.

El caso es que el rechazo de la Sociedad no partió de una hostilidad profunda por parte de los estadounidenses. Ni en el Senado ni en el país en general existía una mayoría que se opusiese sólidamente a una organización internacional. Como ha señalado Arthur Link, incluso en el Senado la lucha por la Sociedad tuvo lugar entre internacionalistas duros y blandos. La llamada línea dura del aislacionismo, formada por hombres como Henry Cabot Lodge, William Borah y Hiram Johnson, cuya oposición es bien conocida, estuvieron siempre en una clara minoría en el Senado y en el país. Por ejemplo, en noviembre de 1919, el 85 por ciento de los senadores estaba dispuesto a aceptar alguna clase de sociedad. Mientras se llevaron a cabo las discusiones en el Senado, en todo momento existió una mayoría dispuesta a aceptar la Sociedad en los términos que Wilson había propuesto, aunque para la aceptación de un tratado se necesitaba una mayoría de dos tercios. Incluso se habrían llegado a alcanzar aquellos dos tercios si Wilson hubiese estado dispuesto a admitir algunas reservas propuestas por republicanos de mentalidad más internacionalista. Por lo que se refería a todo el país, en abril de 1919, el *Literary Digest* informaba que sete-

cientos dieciocho periódicos favorecían la Sociedad, ciento ochenta y uno se oponían a ella, y cuatrocientos setenta y ocho planteaban algunas reservas. No había parte alguna del país en la que existiera una mayoría de diarios opuestos al tratado. Más aún, el senador Henry Cabot Lodge, que había sido hostil a la Sociedad desde un principio, temía tanto a la opinión pública y a la reacción del Senado ante el tratado que, como presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, retrasó liberadamente durante semanas la presentación del proyecto ante la comisión. En definitiva, nunca existió una oposición a gran escala a la Sociedad de Wilson. Por otro lado, es también igualmente claro que ni en el Senado ni el país en general se podía encontrar aquella pasión por la Sociedad que dominaba a Wilson. Debido al liderazgo del presidente y a la tradición estadounidense en asuntos exteriores, pareció que el país y el Senado se hallarían dispuestos a estar de acuerdo con él al menos hasta el punto de aceptar la participación estadounidense en alguna clase de organización internacional. El rechazo de Wilson a aceptar el compromiso o cambios en el pacto fundamental de la Sociedad de las Naciones, así como su postulación física, evitaron la traducción del apoyo general a una sociedad en difícil acuerdo senatorial a propósito de la participación en la Sociedad de las Naciones.

Tanto antes como después, muchos estadounidenses han contemplado ese fracaso por unirse a la Sociedad como un agradable retorno al viejo aislamiento y una liberación de los compromisos políticos con Europa. Ciertamente es claro que así fue por lo que se refiere a esto último, pero otra cuestión muy distinta es la de aceptar o no que fuese también lo primero. Numerosos ciudadanos y hombres de Estado podían muy bien haber deseado una vuelta a los viejos tiempos, pero, como iba a demostrar muy pronto la década de posguerra, aquel camino estaba cerrado para siempre. La posición real de Estados Unidos en el mundo había quedado alterada por completo, y hacía imposible al tiempo que anacrónico el regreso a las prácticas en política exterior del siglo XIX. En pocas palabras, Estados Unidos era demasiado poderoso militar y económicamente para ser capaz de volver atrás a la relación que mantenía antiguamente con el mundo.

Una señal de que las nuevas circunstancias dictaban una nueva política incluso a una administración republicana y antiwilsoniana fue la serie de acuerdos internacionales que se negociaron en Washington en 1921-1922. Estos acuerdos

sobre desarme naval (Tratado de las Cinco Potencias), sobre la integridad territorial de China (Tratado de las Nueve Potencias), y sobre la organización política del Pacífico occidental (Tratado de las Cuatro Potencias) formaban todos ellos parte del esfuerzo que se estaba realizando para poner un poco de orden en la relación de las potencias en el escenario del Pacífico. En tal sentido, esos tratados eran una parte de aquel esfuerzo por ampliar el orden internacional que los estadistas europeos habían comenzado a construir, inmediatamente después de la guerra, con el Tratado de Versalles.

Los tratados de Washington señalaban claramente la nueva importancia y el poder alcanzado por Estados Unidos en los asuntos mundiales. Por ejemplo, en el Tratado de las Cinco Potencias sobre desarme naval, se acordó una paridad en cuanto a navíos de guerra entre Estados Unidos y Gran Bretaña, la tradicional señora de los mares. Por el Tratado de las Nueve Potencias, las principales potencias interesadas en Asia aceptaban ahora formalmente la política estadounidense de Puertas Abiertas y de la integridad territorial de China. Posteriores acontecimientos mostrarían que la aceptación por parte de Japón había sido más verbal que sustantiva, pero el cambio en las relaciones existentes entre las potencias del área del Pacífico, del que constituían un buen ejemplo todos esos tratados en conjunto, iba mucho más allá de ser únicamente un fenómeno verbal. Gran Bretaña, que había estado aliada con Japón desde 1902, abandonó aquella alianza en favor de la amistad con Estados Unidos, al que evidentemente contemplaba como la potencia dominante en el Pacífico.

No existieron acuerdos comparables con los Estados europeos, pero durante la década de 1920 Estados Unidos fue aumentando cada vez más sus actividades económicas en Europa. Una de las razones fue la posición nueva y dominante conseguida por Estados Unidos financiera y económicamente. Una de las consecuencias de la guerra había sido el cambio de Estados Unidos de nación deudora (obligada a pedir dinero en préstamo a otras naciones) a nación acreedora (prestamista de capitales a otros países). El capital estadounidense se había convertido en un importante ingrediente en la economía de posguerra de la Europa occidental y central. Más aún, el continuado flujo de capitales estadounidenses a Alemania hizo posible que este país cumpliera los pagos por reparaciones de guerra a los Aliados.

Otra razón que explica que Estados Unidos se volviera mucho más activo en Europa desde un punto de vista económico es el hecho de que las empresas y los bancos estadounidenses comenzaron entonces a emprender acciones conjuntas con su propio gobierno y con otras empresas en el extranjero con el fin de poner orden y estabilidad en el comercio y las finanzas internacionales, al tiempo que extendían su actividad comercial por todo el mundo. Como ha demostrado Michael Hogan, las empresas privadas cooperaban unas con otras, asistidas, pero no controladas, por el gobierno para regular la economía en expansión. Con el tiempo, crearon corporaciones internacionales de proporciones monopolísticas en nombre de la eficacia y del orden, pero con el resultado de ampliar el campo del comercio estadounidense en la economía mundial. Algunas veces, el Departamento de Estado utilizó a las corporaciones privadas en beneficio de su propia política exterior en lo que Herbert Feis ha denominado «la diplomacia del dólar». Al permitir que los ciudadanos y los bancos del país invirtieran o prestaran dinero únicamente a aquellos países cuya política se ajustaba a las concepciones de los estadistas estadounidenses, la superior posición económica de Estados Unidos se convirtió en un arma de su política exterior. Y de igual manera, la política estadounidense favorecía la extensión de las actividades empresariales de Estados Unidos en la economía de Europa y de cualquier otro lugar.

Si se creyó que las administraciones Harding y Coolidge habían abandonado los ideales políticos wilsonianos en asuntos exteriores, no puede decirse lo mismo de sus prácticas económicas. En realidad, ampliaron el papel desempeñado por la empresa estadounidense en el extranjero. Por ejemplo, el Departamento de Comercio de Herbert Hoover no vaciló en utilizar el poder de Estados Unidos para evitar que los productores de materias primas tales como el caucho y el café elevasen o mantuviesen los precios por medio de acuerdos internacionales. Y aunque Estados Unidos presionó para abrirse el acceso a los mercados mundiales siguiendo la línea marcada por los principios de la política de Puertas Abiertas, no fue por ello reacio a la imposición de aranceles, cuyo ejemplo culminante lo constituiría el notable arancel Hawley-Smoot de 1930.

Un ejemplo más del compromiso de Estados Unidos con el mundo durante la denominada década aislacionista de 1920 fue el Pacto Kellogg-Briand de 1928. Es ciertamente patente

la falta de realismo en un acuerdo multilateral para renunciar a la guerra como instrumento de la política nacional. Tanto en la década de 1920 como después, la idea en su conjunto se ha visto ridiculizada. Pero el Pacto Kellogg-Briand conformó un acuerdo internacional entre un determinado número de países y, hasta ahí, revelaba el compromiso continuado e ineludible de Estados Unidos en los asuntos mundiales, en general, y de los europeos, en particular.

Y aunque tales aventuras en la realización de acuerdos con Estados europeos y asiáticos en la década de 1920 parecían un abandono de las prácticas del pasado, en otro sentido eran el ejemplo de una continuidad con ese mismo pasado. Y al enlazar los años de posguerra con las décadas precedentes, estos acuerdos sirvieron para conectar la política del pasado con la de la década de 1930. Ese enlace consistía en la insistencia, por parte de Estados Unidos, de que su tradicional libertad de acción no podía verse limitada de manera alguna por cualquiera de los acuerdos en los que tomaba parte. Esta había sido la política estadounidense ya desde 1800, cuando finalmente terminó la alianza con los franceses; quedó reflejada perfectamente en la cuidadosa insistencia de Wilson de que Estados Unidos, al entrar en la guerra en 1917, lo hacía como potencia asociada, y no aliada. El Senado presentó una forma mucho más exagerada de ese mismo temor a «verse comprometidos» durante los debates que culminaron con los tratados de Washington. Senadores preocupados escudriñaron diccionarios y tratados de derecho internacional para asegurarse de que ninguno de los acuerdos pudiese considerarse ni remotamente una alianza. Al final, la preocupación senatorial se vio mitigada solamente cuando se añadió un apéndice de reservas formales de que en ningún caso una alianza o un compromiso de recurso a la fuerza había sido creado por los tratados. De manera parecida, en el Tratado de las Nueve Potencias, Estados Unidos apoyaba el concepto de la integridad territorial de China, pero no se comprometió a hacer algo que asegurara o protegiera tal principio, ni solo ni aliado a otros signatarios. De la misma manera, por el Pacto Kellogg-Briand, Estados Unidos prometía solemnemente no utilizar la guerra como instrumento de política nacional, pero este excelente acuerdo no obligaba a Estados Unidos a ir en defensa de cualquier otro país. La obligación de obrar de acuerdo con otras potencias, según exigía el pacto fundamental de la Sociedad estaba ausente por completo de todos los acuerdos formales internacionales de la década de 1920.

De manera parecida, hombres como el secretario de Comercio Herbert Hoover, que deseaban que Estados Unidos usase de su enorme poderío económico para contribuir a modelar el mundo de la manera que querían los estadounidenses, conservaron todavía intacta aquella libertad de acción que querían para su país, o lo que Joan Hoff Wilson había denominado «internacionalismo independiente».

En resumen, el aislamiento de la década de 1920 no impidió la firma de acuerdos con otras potencias sobre asuntos considerados de importancia por Estados Unidos. Ni tampoco impidió el uso del poderío económico e incluso militar estadounidense (como sucedería en América Central), desde el mismo momento en que Estados Unidos había conservado su libertad de acción en la escena internacional. En resumen, el nuevo aislamiento era nacionalista, activista y teñido ligeramente de idealismo. Este último adjetivo quedó expresado de la mejor manera posible por el senador Borah, irreconciliable oponente de la Sociedad en 1919, defensor del Pacto Kellogg-Briand en la década de 1920 y aislacionista en la de 1930. Durante el debate del Senado en julio de 1919, Borah dijo lo siguiente: «Si a lo largo de toda mi vida he tenido una convicción que me ha permitido ser coherente en todo momento, ha sido la de que debíamos mantenernos al margen de los asuntos europeos y asiáticos. No creo que podamos tener aquí una república grande, poderosa, independiente y autogobernada y nada más que eso; no creo que nos sea posible continuar siendo la primera potencial intelectual y moral del mundo y no hacer algo más. No creo que podamos realizar la tarea a la que ahora nos hallamos enfrentados, es decir, la de establecer aquí una democracia industrial, de la misma manera en que hemos conseguido una democracia política, y no hacer más que eso.»

Si el aislacionismo del pasado se había constituido en la principal fuerza intelectual para modelar la política exterior de las décadas de 1920 y 1930, el impacto de la Primera Guerra Mundial se convirtió en un rival de primera categoría. A lo largo de esos dos decenios, tanto los hombres como las mujeres se habían referido a los horrores de la guerra de una manera que no había sido tan patente después de la guerra hispano-estadounidense ni incluso después de la Guerra Civil. Éste sería uno de los objetivos subyacentes a la mayor parte del internacionalismo económico y a la expansión empresarial ultramarina de la década de 1920, puesto que tanto los hombres de negocios como el gobierno contemplaban el co-

mercio como un elemento para reforzar la paz, y no las guerras, entre las naciones. En verdad, el deseo de reducir los peligros de una nueva guerra proporcionó una buena parte del impulso que desembocó en la Conferencia de Washington de 1921-1922. Por un lado, fue el senador Borah quien inició la idea al pedir una conferencia de desarme. Por otro, la confesión del secretario de Estado Charles Evans Hughes, en el prólogo de la conferencia, de que habían debido desguazarse sesenta y seis barcos de guerra fue lo que captó el mayor interés de entonces y en adelante. De manera parecida, el Pacto Kellogg-Briand nació a partir de ese cuerpo de legislación pacifista. Líderes pacifistas, como Nicholas Murray Butler y James T. Shotwell, dieron fuerza al impulso popular para poner a la guerra fuera de la ley, y otras gentes interesadas en la paz mundial, como Jane Adams y el senador Borah, llevaron esa idea hasta su ejecución, pasando por encima incluso de las objeciones divertidas de miembros más realistas del Senado y de la opinión pública.

Un parecido temor a la posibilidad de una nueva guerra recorría todos los argumentos de los aislacionistas durante la década de 1930. «Nuestra civilización está en juego —decía un senador—. Hemos atravesado el valle de las sombras de la muerte hace diecisiete años. En el nombre de Dios, que nunca tengamos que atravesarlo de nuevo.» El diputado Louis Ludlow, que presentó una enmienda a la Constitución con el fin de exigir un referéndum popular para declarar la guerra, puso de manifiesto los temores de muchos estadounidenses, en especial de los aislacionistas. «La próxima será una guerra en la que la maquinaria eclipsará la fuerza del hombre —escribía en un libro en 1937—, los aeroplanos harán llover veneno y los pueblos pelearán con un armamento que significará una masacre total. Nunca más la participación activa en las guerras quedará limitada a los ejércitos combatientes. De ahora en adelante se verá implicada toda la población.» Los testigos presentados ante la Comisión para la Investigación de Municiones del Senado, seguía diciendo, «predijeron que la próxima guerra destruiría la civilización». Otros aislacionistas hicieron hincapié en la represión que traería consigo la guerra. «La guerra significa aquí la creación de una dictadura absoluta —advertía el diputado George H. Tinkham en julio de 1941—. Significa la abolición de la libertad económica, la imposición de la censura y del espionaje; en resumen, el establecimiento de un gobierno totalitario.» Debido a que numerosos aislacionistas consideraban que la reforma y la

democracia se veían amenazadas por la guerra, muchos de los republicanos que apoyaban a Franklin Roosevelt en política interior —como los senadores William Borah, Gerald P. Nye, Robert La Follette y el diputado William Frazier— se convirtieron en sus oponentes en política exterior. Algunos otros aislacionistas de mentalidad progresista, como Norman Thomas, el dirigente socialista, y el historiador Charles A. Beard, estaban tan convencidos de que la guerra destruiría la democracia e impediría el progreso social que continuaron oponiéndose a la política exterior de Roosevelt hasta Pearl Harbour y después.

Los aislacionistas de la década de 1930 temían también comprometer la libertad de acción de la nación en los asuntos exteriores, lo que había parecido tan importante a los oponentes de la Sociedad. El aislacionista Charles A. Lindbergh, por ejemplo, en una comunicación radiada de finales de 1940 introdujo específicamente «un argumento en favor de la independencia estadounidense». Se preguntaba por qué, con ciento treinta millones de personas, «se nos ha dicho que debemos abandonar nuestra posición independiente, que nuestra frontera está en Europa y que nuestros destinos los decidirán ejércitos que luchan en suelo europeo». Tres meses más tarde, en enero de 1941, un aislacionista menos preeminente admitía que le gustaría contemplar la victoria de Gran Bretaña. «Pero no me gustaría verla ganar a expensas del abandono de nuestros plenos derechos: el de permanecer neutrales.» Este asunto de la conservación de la libertad de acción contribuye también a explicar por qué un aislacionista tan notable como el senador Robert A. Taft pudo llegar a decir que «no es tan peligroso verse comprometidos en una guerra en el Pacífico como en una guerra europea...». En el Extremo Oriente no existía peligro alguno de restricciones multilaterales sobre la conducta de Estados Unidos como ocurría en Europa. La intervención en Europa significaba aliados; la intervención en el Pacífico sólo quería decir hostilidad contra Japón, lo que solamente era la mitad de malo a los ojos de los unilateralistas. Podía significar la guerra, pero no provocaría restricciones extranjeras sobre las acciones estadounidenses.¹

Pudo parecer que los estadounidenses mantenían una política continuada de aislamiento con respecto a los asuntos europeos durante la década de 1930, pero no pudieron mantenerse al margen de la guerra europea que dio comienzos a finales de 1939, de la misma manera en que habían sido ca-

paces de hacerlo durante la Primera Guerra Mundial. La diferencia significativa entre ambas reside en los acontecimientos que siguieron. A partir de 1941, los estadounidenses abandonaron su compromiso tradicional con el unilateralismo.

No obstante, ese cambio en la forma de posición no fue repentino ni fácil. Incluso en octubre de 1935, después del comienzo de la guerra entre Italia y Etiopía en aquel mismo verano, Franklin Roosevelt dejó oír el punto de vista tradicional. «A pesar de lo que sucede en continentes ultramarinos —decía al país—, Estados Unidos de América debe permanecer y permanecerá, según pidió hace mucho tiempo el Padre de Nuestro País que debía permanecer, sin compromisos y libre.» Partiendo de ese punto de vista y a pesar de algunos recelos, firmó la legislación neutralista de mediados de la década de 1930. En realidad, y según ya hemos visto, las llamadas Leyes de Neutralidad abandonaron los principios del neutralismo sobre los que se había basado la nación desde su fundación.

Sin embargo, la ascensión de Hitler y sus éxitos en la Europa de 1938 y después de esa fecha, y el creciente poderío de Japón en China y en el Pacífico significaron una amenaza para el equilibrio de poder en el mundo. Como resultado de todo eso, numerosos estadounidenses, incluido Franklin Roosevelt, comenzaron a repensarse sus tradicionales opiniones acerca del papel que Estados Unidos debía desempeñar en el mundo. Además, y según ha señalado Robert Osgood, el hecho significativo que rodea a los aislacionistas de la década de 1930 no estaba dado por su número, sino por el de sus oponentes, en especial a partir de 1939. Por vez primera desde la década de 1790 hizo su aparición un gran número cada vez mayor de estadounidenses que exigía una toma de posición de Estados Unidos en un conflicto europeo. Después de la caída de Francia a comienzos del verano de 1940, el país se colocó de manera inequívoca del lado de británicos y franceses, aunque todavía seguía siendo reacio a entrar en guerra. En una fecha tan tardía como enero de 1939, una gran parte de los estadounidenses no creía que Estados Unidos debiese defender países como México, Brasil o Filipinas si eran atacados. En agosto de 1940, era ya mucho más que la mayoría quienes creían que esos países deberían ser defendidos por Estados Unidos. En resumen, en 1940 los estadounidenses sentían amenazada su seguridad, sentimiento que había estado ausente en 1917; en consecuencia, te-

nían una visión del mundo nueva y realista, quizá por vez primera en el siglo xx. Cuando a finales de 1940, la Batalla de Inglaterra reveló la creciente necesidad que Gran Bretaña tenía de un apoyo masivo por parte de Estados Unidos, el pueblo estadounidense estaba preparado para aceptar la sugerencia de Roosevelt de «Préstamos y Arriendos» que, de hecho, les proporcionó a los británicos un cheque en blanco para obtener los productos estadounidenses con el fin de resistir a los nazis. Para los aislacionistas convencidos, el paso a la política de Préstamos y Arriendos que tuvo lugar en marzo de 1941, marcó un momento de cambio decisivo. «Hemos abandonado ciento cincuenta años de política exterior tradicional —escribía en su diario por aquella misma época el senador Arthur Vandenberg—. Hemos relegado al olvido la Carta de Despedida de Washington. Nos hemos lanzado abiertamente a seguir la política de poder y las guerras para conseguir el poder de Europa, Asia y Africa. Hemos dado el primer paso de una carrera de la que ya nunca podremos retirarnos.»

La profecía de Vandenberg fue más exacta de lo que él mismo podía haber anticipado. La razón de que estuviera en lo cierto descansa en la actitud cambiante de los estadounidenses ante el creciente poderío alemán y japonés. El que los estadounidenses tenían cada vez más miedo a los alemanes y a los japoneses nos lo demuestra su voluntad a aceptar el claro apoyo de la administración Roosevelt a Gran Bretaña. Ni la opinión pública ni el Congreso impidieron que el presidente hiciera lo que él creía que exigía la apurada situación de Gran Bretaña, ni siquiera cuando comprometió el uso de la marina para patrullar el Atlántico Norte unida a la marina británica, o cuando situó soldados en Groenlandia e Islandia para evitar que aquellas posesiones danesas cayesen en manos de los alemanes después de que los nazis hubiesen ocupado Dinamarca. El encuentro de Roosevelt en agosto de 1941 con Churchill en Argentia Bay, Terranova, para redactar la Carta del Atlántico y ponerse de acuerdo en los objetivos de posguerra, fue sin duda el acto menos neutral que haya podido cometer nunca un declarado neutralista. Pero ese encuentro del Atlántico levantó sorprendentemente escasos sentimientos hostiles si se hace excepción de un pequeño grupo de aislacionistas intransigentes. En resumen, el país aceptaba la idea de apoyar a los británicos en la guerra; al parecer también apoyaba la política de Roosevelt de responder a la conquista japonesa de China y a las amenazas japo-

neas contra las colonias francesas, holandesas y británicas en el sudeste asiático.

A pesar de su acción decidida y de su agudo sentido de la necesidad de conceder apoyo a los británicos, Franklin Delano Roosevelt no creía que el pueblo estadounidense se apoyase si las exigencias de la situación demandaban una guerra a gran escala contra Alemania o Japón. Además, hasta ese momento, nadie sabía si quería la guerra aunque fuese necesaria para detener a Hitler. A partir de las encuestas de opinión, algunos historiadores han sostenido que Roosevelt pudo muy bien haber sobreestimado la influencia de la minoría aislacionista. Por ejemplo, la opinión pública iba varios meses por delante del Congreso en medidas tales como el levantamiento del embargo de armas y el establecimiento del servicio militar obligatorio. (Por ejemplo, en septiembre de 1940, el 53 por ciento de los estadounidenses creía que la derrota de Hitler era más importante que el mantenerse al margen de la guerra. En enero de 1941, un 68 por ciento de los estadounidenses favorecía la entrega de toda clase de ayuda a Gran Bretaña, incluso a riesgo de verse obligados a entrar en la guerra.)

Si Roosevelt se hallaba enfrentado al dilema, por un lado, de temer el sentimiento aislacionista y, por el otro, de la preocupación de que Gran Bretaña podía hundirse ante el empuje nazi, el problema se lo resolvió el ataque japonés a Pearl Harbour. No obstante, en el momento del ataque casi pareció como si aquel acontecimiento hubiese precipitado a Estados Unidos en una guerra equivocada en el momento menos oportuno. Tanto para Roosevelt como para sus consejeros, la principal amenaza procedía claramente de Alemania, y no de Japón. Pero el asalto japonés significó que se debería dar prioridad a una guerra asiática, y no europea; el pueblo estadounidense no hubiera podido esperar algo mejor. Pero, teniendo en cuenta el mayor poderío de los ejércitos alemanes, una sencilla ayuda para salir del paso a los Aliados en Europa, al tiempo que dedicaba todos sus esfuerzos a Japón, podía no haber sido suficiente para mantener en pie a Gran Bretaña y a la Unión Soviética. No sabemos si Roosevelt se encontraba en realidad preparado para declarar la guerra a Hitler como a Japón aunque, cuando el secretario de Guerra Stimson le aconsejó el 8 de diciembre hacer exactamente eso, se negó. Cuatro días después del ataque a Pearl Harbour, Hitler sacaría a Roosevelt del aprieto e iría en ayuda de los japoneses al declarar la guerra a

Estados Unidos. Roosevelt quedaba en libertad de conceder prioridad a Europa.

Como ahora veremos, la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial significó una ruptura en el curso de la historia. Es cierto que la Primera Guerra Mundial había enlazado los destinos de Estados Unidos y de Europa, pero aquella asociación había sido a la vez breve y rechazada ampliamente por los estadounidenses. Sin embargo, en 1941 los acontecimientos de los años precedentes, en particular desde 1938, habían ejercido su influencia sobre la mente de los estadounidenses. Una medida de ese cambio nos la proporciona la revalorización del significado histórico de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. En noviembre de 1939, la proporción de estadounidenses que consideraba que la política de Wilson con respecto a la Primera Guerra Mundial era equivocada doblaba a la que creía que había sido correcta. Sin embargo, en abril de 1941, esas proporciones prácticamente se habían invertido: sólo el 39 por ciento de los estadounidenses creía que Wilson se había equivocado en 1917. Entretanto, era claro que el orden mundial creado y sostenido por el Tratado de Versalles, los tratados de Washington, y el Pacto Kellogg-Briand iba derecho al matadero. Y en lugar de aquel orden, los alemanes y los japoneses estaban forjando un mundo que nada tendría de amistoso, y que incluso llegaría a ser peligroso para Estados Unidos y para las naciones de Europa occidental. El pueblo estadounidense exigía obviamente alguna clase de orden internacional nuevo en el que Estados Unidos fuese un participante activo y no un observador distante.

Otro signo del abandono del antiguo unilateralismo, o aislacionismo, fue el amplio interés, incluso el entusiasmo, suscitado durante la guerra en favor de la creación de una nueva organización internacional después de que Alemania y Japón fuesen derrotados. En 1943, ambas cámaras del Congreso aprobaron resoluciones que favorecían la participación de Estados Unidos en un organismo internacional, y, en la Conferencia de Teherán de diciembre, y en la de Yalta de febrero de 1945, Roosevelt, Stalin y Churchill discutieron proyectos para crear un organismo internacional de posguerra dedicado a mantener la paz. De esta manera, y antes de que la guerra hubiese finalizado en Europa, Estados Unidos se había comprometido virtualmente en la participación en una organización internacional que contemplaba el uso de la fuerza para asegurar la paz. En cualquier caso, Roosevelt tuvo buen

cuidado de asociar a ese proyecto de organización de posguerra a los republicanos y a los senadores, aunque sólo fuera para evitar las dificultades que había corrido su predecesor demócrata Woodrow Wilson en 1919. (Según testificaría posteriormente Robert Sherwood a propósito de Roosevelt, «la tragedia de Wilson estaba siempre dando vueltas en algún lugar de su conciencia».) Quizá las precauciones fueran innecesarias. Sencillamente, en 1945 no existía el más mínimo sentimiento significativo de oposición a que Estados Unidos participase en la Organización de las Naciones Unidas. Cuando se presentó la Carta ante el Senado para cumplir con el trámite de «dictamen y aprobación», solamente hubo dos votos que se opusieron a la participación. Como una voz procedente del pasado llegaron rumores de que aquel enfermo, pero aún resuelto aislacionista, el senador por California Hiram Johnson, habría votado «no» si le hubiese sido posible asistir.

5. DESAFÍO Y RESPUESTA

Es indudable que los acontecimientos que condujeron hasta la guerra de 1941 y la propia guerra explican el deseo de los estadounidenses de unirse a una nueva organización internacional en 1945. Pero esos mismos sucesos no dan cuenta del que ha sido claramente el más sorprendente cambio en la política de Estados Unidos desde la fundación de la república: la ampliación del potencial militar estadounidense por todo el globo. Seguramente, en 1945, no había sido ésa la intención ni se esperaba algo parecido. Franklin Roosevelt podía haber deseado muy bien el ver a Estados Unidos convertido en un miembro activo de la nueva Organización de las Naciones Unidas, pero era lo suficientemente realista para reconocer que, al final de la guerra, las tropas estadounidenses debían regresar a casa rápidamente. En Yalta, les dijo a Churchill y a Stalin, al hacer mención a ello el primer ministro británico, que «pensaba que podía obtener el apoyo del Congreso y de todo el país para llevar a cabo cualquier medida razonable dirigida a velar por la futura paz», pero que «no creía que las tropas estadounidenses estuvieran en Europa mucho más de dos años». Y fueron tan intensas las exigencias de la opinión pública y de los funcionarios en favor de un rápida desmovilización que, un año después de la victoria sobre Alemania, las fuerzas armadas estadou-

nidenses, que contaban con quince millones de soldados, se habían reducido a la mitad.

Da manera bastante irónica, sería la victoria total sobre la Alemania nazi la que contribuiría a llevar el poderío militar a Europa por vez primera durante la paz. La derrota de Alemania significó que el poderío soviético fue extendiéndose con toda facilidad hasta ocupar su lugar, es decir, el verdadero corazón de Europa. Además, incluso cuando la guerra estaba ya llegando a su fin, algunos altos funcionarios estadounidenses comenzaron a recelar de esta masiva extensión hacia el oeste de la fuerza militar soviética. Y en la Conferencia de Postdam, que tuvo lugar en el verano de 1945, el embajador estadounidense ante la Unión Soviética, Averell Harriman, le decía al secretario de Marina, James Forrestal, que «estaba muy preocupado por la influencia de la Unión Soviética en Europa». Cuando el secretario de la Guerra, Henry Stimson, advirtió el carácter represivo del gobierno soviético en Berlín durante su asistencia a la Conferencia de Postdam, escribió un duro memorándum al presidente Truman en el que expresaba sus dudas acerca de que fuese posible llegar a la paz con una nación así. Aconsejó al presidente que Estados Unidos a ningún precio debía compartir sus secretos atómicos con la Unión Soviética hasta que en la esfera soviética se garantizara una mayor libertad personal. Es bastante dudoso que la brusca cancelación el 8 de mayo de los envíos de Préstamos y Arriendos a la Unión Soviética formase parte de este nuevo temor que se comenzaba a tenerle a la URSS. La administración se limitó a decir que estaba, simplemente, ajustándose a la ley, pero los soviéticos tomaron el asunto como un gesto inamistoso y elevaron una protesta. Los cargamentos se reanudaron un mes más tarde después de una visita conciliadora que Harry Hopkins le hizo a Stalin, pero las sospechas soviéticas no se disiparon por completo. Tampoco se habían quietado los temores estadounidenses, pues Stalin continuó consolidando su posición en la Europa del Este, especialmente en Polonia.

Contemplando la situación retrospectivamente, incluso un estudioso de la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética como Adam Ulam, por cierto nada sospechoso de revisionista, reconoce con bastante sinceridad que el temor al poderío militar soviético en las capitales occidentales inmediatamente después de finalizada la guerra era desproporcionado. Si, sobre el papel, los soviéticos no habían desmolido aún sus ejércitos de tiempos de guerra hasta el

grado en que lo había hecho Estados Unidos, las pérdidas en vidas y en recursos que soportaron durante el conflicto, por no mencionar la desorganización de la sociedad y de los órganos de gobierno que acompañó a esas pérdidas, hacía muy remota, y quizás incluso imposible, la posibilidad de un ataque en toda regla de los soviéticos contra Occidente. Por otro lado, Estados Unidos salía de la guerra mucho más fuerte económica y militarmente de lo que había entrado. De hecho fue la única entre las grandes potencias a la que le sucedió eso; todas las demás, independientemente del bando al que pertenecieran, sufrieron pérdidas gravísimas. Estados Unidos era también el único poseedor de bombas nucleares, como lo demostró en agosto de 1945 en Japón.

Sin duda, la manera brusca de Truman de tratar a los soviéticos durante los primeros meses de su administración se relacionaba en alguna medida con la diferencia de potencial existente entre Estados Unidos y la URSS. Pero, en buena parte, se debía también a la inexperiencia y a la propia personalidad del presidente. Se han contrastado, a menudo, la diferente manera de mantener relaciones con los soviéticos de Truman y Roosevelt. Es muy expresiva de la actitud de este último y de su manera de entenderse con los soviéticos; una nota que Harry Hopkins le hizo llegar durante la Conferencia de Yalta a propósito de las reparaciones de guerra. «Los soviéticos han cedido tanto en esta conferencia que no creo que debamos dejarles caer. Permitámosles a los británicos no estar de acuerdo, si lo desean», escribió. Y eso es lo que recoge la grabación. Por otro lado, Truman, en su primer encuentro con el secretario de Asuntos Exteriores Viacheslav Molotov, y según el propio relato del mismo Truman, le echó a Molotov tal rapapolvo por la supuesta mala conducta soviética en el caso de Polonia, hasta el punto de que el propio Molotov llegó a decir que «nunca en mi vida me han hablado así». Ha sido precisamente ese contraste entre la manera de enfrentar el problema soviético de Truman y de Roosevelt lo que ha hecho que se extendiese ampliamente el sentimiento de que si Franklin Delano Roosevelt no hubiese fallecido, tampoco habría existido la Guerra Fría. Como es obvio, no hay manera cierta de saberlo. Pero una breve explicación de ese tema puede servir como introducción a la consideración de las raíces de la Guerra Fría.

Es cierto, para quienes dicen que Roosevelt no hubiese permitido el comienzo de la Guerra Fría, que la manera de Franklin Roosevelt de enfrentarse al mundo de posguerra

descansaba en la presunción de que la paz mundial dependería de las buenas relaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos. En las diferentes conferencias que Roosevelt mantuvo con Stalin durante la guerra dejó bien clara su creencia de que el dictador soviético podía ser camelado, convencido y disuadido para que abandonase las sospechas que soviéticos y comunistas tenían con respecto al Occidente en general y a los capitalistas en particular. Como nos informan las memorias de Churchill, el primer ministro británico se quedaba asombrado con frecuencia por los deliberados esfuerzos de Roosevelt de ganar tantos ante Stalin a expensas de Churchill. Más aún, ya en marzo de 1942, Roosevelt le dijo de una manera bastante brusca a Churchill: «Creo que puedo manejar personalmente a Stalin mejor que cualquiera de los funcionarios de tu Ministerio de Asuntos Exteriores o de los de mi Departamento de Estado. Stalin odia las barrigas de toda tu gente de altura. Cree que yo le gusto más y espero que continúe pensándolo.» La buena voluntad de Roosevelt al acceder, finalmente, a la exigencia de Stalin por tres votos en la Asamblea de las Naciones Unidas fue sólo una manifestación concreta de su manera conciliadora de tratar con el dictador soviético. Y como ha señalado Herbert Feis, en una fecha tan tardía como marzo de 1945, cuando Churchill llamó la atención de Franklin Delano Roosevelt por lo que consideraba violaciones soviéticas de los acuerdos de Yalta relacionados con la Europa del Este, este último no tragaría el anzuelo. Se veía todavía a sí mismo como mediador entre Churchill y Stalin.

Al contrario que Churchill, Roosevelt contemplaba el mundo de posguerra como uno en el que se podían reconciliar los intereses de las grandes potencias, incluso aunque no fuesen idénticos. Y también al contrario que Churchill, Roosevelt no pensaba en términos de bloques o de rivalidades entre las grandes potencias. De la misma manera que su antiguo jefe Woodrow Wilson, Roosevelt miraba hacia una nueva comunidad mundial en la que deberían eliminarse las esferas de influencia, el equilibrio de poder y los demás aparatos de la comunicación diplomática europea, en cuanto opuesta a la estadounidense.

Sin embargo, es inadecuado etiquetar a Roosevelt simplemente como un idealista. Hasta donde Franklin Delano Roosevelt reconoció que la paz del mundo de posguerra descansaba sobre las relaciones entre las dos grandes potencias, había sido ciertamente realista. Pues ya entonces era indiscutible, y mu-

cho más a partir de aquel momento, que las probabilidades de paz estaban en manos de los dirigentes soviéticos y estadounidenses. Roosevelt fue también realista de una manera mucho más pragmática. Deseaba hacerle concesiones a Stalin en su interés por asegurar la paz, pero nunca estuvo dispuesto a renunciar a lo que consideraba principios básicos, tales como los de la independencia de la Europa del Este, los que creía se habían acordado en Yalta. Así, diez días antes de morir, el 1 de abril, le escribía a Stalin que los acuerdos de Yalta sobre Polonia debían ser respetados. Poco después, le decía también a Churchill que los aliados occidentales debían mantener un frente común contra cualquier presión soviética encaminada a cambiar aquel convenio. Son estas últimas manifestaciones las que conceden valor a la afirmación de que, si Franklin Delano Roosevelt hubiese continuado viviendo, las relaciones estadounidenses con la URSS después de la guerra no habrían sido muy diferentes de lo que fueron de hecho bajo Truman. En realidad, y como deja bien claro lo anterior, poseemos una evidencia muy ligera y conjetural. La más reciente investigación sobre la política exterior de Franklin Delano Roosevelt, realizada por Robert Dallek, concluye que si hubiese seguido viviendo, «Roosevelt probablemente se habría movido más rápido que Truman en la línea de enfrentarse a los soviéticos. Su mayor prestigio y su reputación como abogado de la amistad sovieticoestadounidense le habrían permitido con mayor facilidad que a Truman conseguir el apoyo de la opinión pública a una línea dura». Dallek insiste también, en la misma relación, que Roosevelt nunca le mencionó a Stalin los trabajos, que iban haciendo progresos, de la fabricación de la bomba nuclear, aunque tenía razones para creer, nos sigue diciendo Dallek, que Stalin ya lo sabía. Una razón más importante para creer que la Guerra Fría era probable, al margen de quién ocupara la Casa Blanca, reside en que los intereses de las dos potencias en los años que siguieron al 1945 eran profundamente divergentes. Fueron estos intereses diferentes, resultado ellos mismos de las diferentes historias de Estados Unidos y la Unión Soviética, los que hicieron imposible aquel consenso entre ambas naciones del que dependía la manera de Roosevelt de hacer frente al mundo de posguerra.

¿Cuál iba a ser el lugar que ocuparía la Unión Soviética en la Europa de posguerra? Este problema revela la primera divergencia de intereses entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Al finalizar la guerra contra Hitler, el poderío militar

y político soviético permaneció situado en las márgenes del río Elba, en el corazón de Europa, muy lejos de su tradicional posición en la periferia continental. Al este del Elba se encuentran Polonia, Bulgaria, Hungría, Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia —todos ellos, excepto este último, ocupados por tropas soviéticas—. Como mostrarían los acontecimientos de 1945 y reforzarían los de los años siguientes, la ocupación de las naciones de la Europa del Este no se debía simplemente al propósito de seguir velando por el mantenimiento de las comunicaciones soviéticas con Alemania. En Yalta y en cada uno de los encuentros siguientes, los soviéticos dejaron bien claro que los Estados fronterizos con la Unión Soviética debían tener gobiernos amistosos hacia la URSS, con lo que habitualmente se quería decir que debían ser comunistas, bien de manera inmediata o en un próximo futuro." Es bien cierto que la ocupación soviética de la Europa del Este fue dictada por otras consideraciones distintas de las ideológicas, pero es también cierto que el recuerdo de pasadas invasiones de la madre patria procedentes de Europa se hallaba en la mente de los dirigentes soviéticos. Desde el siglo XVII, Rusia había sido invadida por los suecos, los polacos, los franceses y, en dos ocasiones, por los alemanes. Sin embargo, para los occidentales, la subordinación de las naciones de la Europa del Este al poderío y a la ideología soviéticos amenazaba el equilibrio de poder del continente. Ni a Hitler ni a Napoleón se les había permitido dominar una parte de Europa tan extensa sin provocar la hostilidad y, finalmente, la guerra. Serían esa amenaza y aquellos recuerdos los que provocarían los temores de Harriman, Stimson y Forrestal en la primavera y el verano de 1945 y los que dictarían el famoso discurso de Churchill sobre el Telón de Acero en Fulton, Missouri, en marzo de 1946.

El dominio de la Europa del Este por parte de Moscú significaba también una bofetada en la cara para aquellos principios estadounidenses celosamente guardados y profundamente sentidos de la autodeterminación y la libertad económica y política." Algunos recientes historiadores críticos para con la diplomacia estadounidense han remarcado los objetivos económicos existentes detrás de la insistencia de autodeterminación para la Europa del Este, sosteniendo que no había otra cosa que la vieja política de Puertas Abiertas con el fin de obtener mercados para las empresas estadounidenses. Es indudable que, en la oposición estadounidense al control soviético sobre la Europa del Este figuraba en parte

el deseo de abrirse nuevos mercados y conseguir materias primas, como han mostrado esos historiadores. Pero una concepción menos estrecha y doctrinaria de los motivos que mueven a los hombres podría sugerir también que los hacedores de la política estadounidense y la opinión pública del país se hallaban comprometidos por igual con la libertad política de elección para sí mismos y para las demás naciones. Cuando menos, la política de Puertas Abiertas, tanto en los orígenes como en la práctica consiguiente, poseía una dimensión política tanto como económica. Esta no es más que otra manera de decir que simbolizaba aquella combinación de idealismo y realismo, característica ya desde un buen principio de la política exterior estadounidense.

El Este y el Oeste no se ponían tampoco de acuerdo sobre el tema de sus respectivas concepciones del futuro de Alemania. Cuando Alemania fue derrotada, volvieron a salir a la luz las diferencias hasta entonces acalladas entre los intereses de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Para los occidentales, una Alemania derrotada y devastada ahora que se había conseguido acabar con los nazis, constituía una carga que se tendría que soportar. Pero, para los soviéticos, y hasta cierto punto también para los franceses, Alemania constituía una amenaza potencial al tiempo que una fuente de reparaciones por los daños infligidos por los nazis durante la guerra. En ambos casos, deberían descartarse la autosuficiencia económica y la independencia política de los alemanes. Por ello, tanto en Yalta como después, Stalin insistió siempre en conseguir enormes reparaciones de guerra por parte de Alemania. En determinado momento exigió que el 80 por ciento de la industria alemana quedara disponible para hacer frente a las reparaciones, con lo que Alemania habría sido incapaz siquiera de sostenerse a sí misma. Después de larguísimas discusiones con los occidentales, Stalin impuso una cifra considerablemente menor. Pero incluso después de que la Unión Soviética dejase de explotar la riqueza alemana, seguía temiendo la resurrección militar del país. De esta manera, la insistencia soviética de llevar a cabo un estricto control sobre Alemania así como las restricciones de su potencialidad económica no se trataban sólo de un asunto comunista, sino también nacional, a juzgar por la actitud de Francia durante los dos primeros años. Lo mismo que los soviéticos, los franceses se opusieron al principio de una unificación final y, en un punto, fueron aun más lejos al

negarse a la utilización de sellos postales comunes para toda Alemania.

Finalmente, ahí estaba la diferencia ideológica entre los soviéticos y Occidente. El miedo a la expansión ideológica del comunismo llevaba ya un cuarto de siglo danzando por la mente de Churchill, quien siempre se había lamentado, según afirmó una vez, de no haber sido capaz de estrangular al bolchevismo en la cuna. Había un temor parecido en la mente de otros europeos y estadounidenses,¹² en especial al ser testigos del deseado servilismo de los comunistas y de los partidos comunistas del exterior de la Unión Soviética a la política y a los intereses del gobierno de la URSS. Por su parte, los soviéticos se hallaban convencidos de que el capitalismo pre-disponía a las naciones a la guerra y al mundo a la inestabilidad. El propio Stalin afirmó eso mismo en un discurso pronunciado en febrero de 1946, que recibió una amplia publicidad en Occidente, donde fue considerado como una señal de que los soviéticos nunca podrían llegar a una conciliación con el mundo capitalista. William O. Douglas, miembro del Tribunal Supremo de Justicia, un liberal bien conocido, fue aun más lejos hasta el punto de hablar del discurso de Stalin como de la «declaración de la Tercera Guerra Mundial». La respuesta al discurso de Stalin llegaría un mes más tarde de una manera no oficial, cuando Winston Churchill, y ante la notable presencia del presidente Truman, pronunció en Fulton, Missouri, el denominado discurso sobre el Telón de Acero. Resumiendo al mismo tiempo la amenaza nacional e ideológica de la Unión Soviética, dijo: «Nadie sabe lo que la Rusia soviética y su organización internacional comunista pretenden hacer en un futuro inmediato, o cuáles son los límites, si es que existe alguno, a sus tendencias expansivas y proselitistas.» Durante los próximos cinco años, estas «tendencias» comunistas acosarán a la Europa occidental por medio del espionaje, de las huelgas políticas y del temor a un ataque militar.

Por encima de estas diferencias fundamentales existentes entre Estados Unidos y los soviéticos, tuvo lugar una serie de incidentes que haría más profundas aquellas diferencias, levantaría sospechas y convertiría en realidad la Guerra Fría a comienzos de 1947. En marzo de 1946, la negativa soviética a evacuar Irán, como se había prometido a comienzos de la guerra por las fuerzas conjuntas anglosoviéticas de ocupación, provocó una convocatoria de Estados Unidos y de Irán del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La fuerte

reacción estadounidense y una opinión pública contraria cada vez más a aquella situación obligaron a la Unión Soviética a retirar las tropas en mayo. Posteriormente, y en rápida sucesión, Stalin llevó a cabo una serie de acciones que dejó bien claro que no quería mantener relación alguna con aquel mundo que se había creado en Occidente bajo el liderazgo de Estados Unidos. La Unión Soviética se negó a formar parte del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, y rechazó los términos de un préstamo de mil millones de dólares procedente de Estados Unidos, incluso aunque sólo un año antes se había estado presionando a Molotov para que consiguiera la ayuda estadounidense con el fin de reconstruir su devastado país. También por la misma época, las tropas soviéticas evacuaron Manchuria, teniendo buen cuidado de dejar en manos de los comunistas chinos grandes cantidades de armas y de equipos japoneses capturados que habrían de ser muy útiles en la guerra civil que mantenían contra el gobierno nacionalista de Chang Kai-chek. Como si pretendiese con ello sugerir que había tomado la decisión de permanecer indefinidamente en Alemania, Stalin detuvo el desmantelamiento del equipo industrial de la zona soviética de Alemania. A partir de ese momento, la Alemania Oriental fabricaría productos para la Unión Soviética en lugar de ser únicamente una fuente de saqueo. También durante aquel mismo verano, la URSS rechazó bruscamente el plan de Estados Unidos encaminado a controlar internacionalmente la energía nuclear. Dos meses después Stalin insistió en que los turcos compartiesen con la Unión Soviética el control del estrecho de los Dardanelos.

Aunque desde el punto de vista de los soviéticos, algunas de estas acciones y exigencias podían estar justificadas, a los ojos del ciudadano estadounidense de a pie, la conducta soviética de 1946 pecaba de intransigencia, de truculencia y de ingratitud. Para los soviéticos, el plan Baruch para el control internacional de armas nucleares constituía una restricción a la oportunidad que tenían de fabricar una bomba propia, en la que ahora sabemos que se encontraban trabajando con ahínco. Pero para los estadounidenses, el rechazo del plan Baruch, lo mismo que el desprecio del préstamo de Estados Unidos, no era otra cosa que la respuesta ingrata de un Stalin receloso ante un gesto generoso de Estados Unidos.

La reacción oficial estadounidense a la serie de acciones soviéticas quedó muy clara en septiembre de 1946, cuando el secretario de Estado James E. Byrnes, que nunca había

sido demasiado optimista en cuanto a que durasen mucho las buenas relaciones con la Unión Soviética, anunció que Estados Unidos no esperaría ya por más tiempo la aceptación soviética de la unificación de Alemania. Estados Unidos y Gran Bretaña procedieron a unificar sus zonas al tiempo que se animaba a los alemanes a que desarrollasen su propia economía independiente. Los franceses, casi tan escépticos como los soviéticos sobre las posibles consecuencias de la unificación alemana, rechazaron aceptar la invitación estadounidense hasta septiembre de 1949. Con la división de Alemania, la Guerra Fría se convirtió en una realidad, fue el marco de referencia al que se remitiría durante el cuarto de siglo siguiente toda la política exterior estadounidense. Como ya había profetizado Dean Acheson en junio de 1946, «tenemos que comprender que durante toda nuestra vida penderán sobre nosotros el peligro, la incertidumbre, la necesidad de estar vigilantes, de esforzarnos, de mantener la disciplina. Esto es nuevo para nosotros. Y será duro». Quizá, para los estadounidenses lo más difícil de aceptar fue el verse obligados a abandonar aquel objetivo fundamental que consistía en conseguir una completa victoria sobre el enemigo. Su historia no les había preparado para prolongar una lucha en la que había que mesurar y restringir el poder, en lugar de aplicarlo simplemente para alcanzar «la victoria».

La política que se puso en práctica para enfrentarse a las exigencias de la Guerra Fría fue en verdad revolucionaria en el sentido más fundamental de esa palabra, puesto que destruyó la manera habitual de conducir la política exterior estadounidense. La revolución comenzó cuando Gran Bretaña, debilitada por la guerra y por el desorden económico que trajo consigo la posguerra, advirtió en febrero de 1947 a Estados Unidos que no podía sostener por más tiempo a los griegos en la guerra civil que estaban manteniendo contra las guerrillas comunistas apoyadas por Yugoslavia. Al advertir que Gran Bretaña tendría que abandonar su posición tradicional como potencia estabilizadora del Mediterráneo oriental, el presidente Truman tomó la decisión repentina de comprometer a Estados Unidos al proporcionar ayuda económica y militar a Grecia y a Turquía. Ni entonces ni después se enviarían a Grecia tropas estadounidenses. Pero el mensaje de Truman al Congreso para explicar su política inauguró un nuevo compromiso y, por lo que iban a demostrar los acontecimientos posteriores, de gran trascendencia. «Yo creo —decía en el Congreso— que la política de Estados Unidos debe

ser la de apoyar a los pueblos libres que están resistiendo el intento de sometimiento por parte de minorías armadas o por presiones exteriores.» Por primera vez en su historia en épocas de paz, Estados Unidos había tomado a su cargo la obligación de interferir en los acontecimientos de Europa. Era el comienzo de lo que iba a denominarse política de contención del comunismo soviético, que se convertiría en el motivo central de la política exterior de Estados Unidos en la siguiente generación.

Ya desde un principio, la política de contención se basó en dos polos.¹³ Uno de ellos era sencillamente militar, es decir, se trataba de oponerse por la fuerza a los comunistas o a la fuerza militar soviética, tanto si tenían un origen interno cuanto si procedían del exterior. (El ejemplo inmediato era el del gobierno griego que se encontraba luchando contra las guerrillas comunistas, ayudadas por Yugoslavia, fiel aliado entonces de la Unión Soviética.) El otro consistía en hacer que las condiciones de vida de un país amenazado por un levantamiento comunista fuesen tan gratificantes para los habitantes que éstos encontrasen escasos incentivos en apoyar a los partidos comunistas o sus doctrinas. El mayor éxito conseguido a partir de la utilización de esta segunda clase de acciones lo constituyó el Plan Marshall, con el cual Estados Unidos emprendió la tarea, en 1948, de reconstruir la Europa occidental y evitar de esa manera que el comunismo se hiciera con el poder, por la fuerza o a través de las urnas. Además, esta utilización imaginativa de las técnicas industriales y agrícolas estadounidenses, de la riqueza y la eficacia económica consiguieron algo más que contribuir a la restauración de la devastada y desmoralizada economía de la Europa occidental. Al conseguir que los Estados de la Europa occidental participaran de un objetivo común, el Plan Marshall preparó el escenario adecuado para la creación de aquel organismo que iba a gozar incluso de un mayor éxito y que iba a contribuir a abrir nuevos caminos: el Mercado Común, que nacería a finales de la década de 1950.

Dentro del contexto de la Guerra Fría, el éxito del Plan Marshall se puede medir también por la hostilidad de la Unión Soviética hacia él y hacia lo que representaba. Así, cuando el secretario de Estado George Marshall ofreció incluir en su programa los Estados de la Europa del Este y a la propia Unión Soviética, Stalin lo rechazó no sólo para él mismo, sino también para Polonia y Checoslovaquia, a pesar del claro interés de estas dos últimas en la propuesta. Poco

después, e inmediatamente antes de que el Congreso aprobara el Programa de Recuperación Europea, grupos de obreros checos, sin duda con el apoyo soviético, se apoderaron del gobierno de Checoslovaquia, haciendo que se integrase entre los países de detrás del Telón de Acero. Al ponerse en marcha el Plan Marshall en el verano de 1948, los soviéticos volvieron a hacer una demostración de la hostilidad que sentían hacia ese nuevo plan económico de Occidente al comenzar un bloqueo de Berlín occidental, que estaba situado cerca de doscientos kilómetros en el interior de la zona de Alemania bajo control soviético.

Estas presiones soviéticas sobre Occidente provocaron que varios de los países de la Europa occidental trataran de buscar una defensa más adecuada que la que les proporcionaban las Naciones Unidas o sus propios esfuerzos individuales. A partir de esta preocupación surgiría la Organización del Tratado del Atlántico Norte, que organizaron de una manera formal Estados Unidos, Canadá y otros doce países europeos en 1949. El punto fundamental del tratado era el de que el ataque contra cualquiera de los países signatarios se consideraría un ataque contra todos ellos. El Tratado de Washington por el que se formalizó la OTAN fue la primera alianza militar a largo plazo de la que formó parte Estados Unidos desde su alianza con Francia en 1778.¹⁴ La OTAN marcó también un abandono de aquel tradicional principio de la política exterior de Estados Unidos que mantenía que la fuerza no se podía utilizar con el fin de alterar la conducta de los Estados extranjeros, excepto en caso de defensa propia. A partir de este sorprendente abandono de las prácticas tradicionales se puede constatar la revolución que tuvo lugar en la política exterior estadounidense entre 1945 y 1949. Esa revolución es también evidente por otro conducto. El apoyo financiero necesario para llevar a la práctica la Doctrina Truman y el Programa de Recuperación Europea fue votado mayoritariamente por un Congreso con mayoría republicana en la Cámara de Representantes. En resumen, la revolución había tomado cuerpo tanto entre el pueblo estadounidense y el Partido Republicano como entre los planificadores del Departamento de Estado.

Aunque el presidente Truman había enunciado el principio de resistencia a la fuerza comunista a la vista de lo que sucedía en Grecia y Turquía, las palabras que utilizó no señalaban límite alguno al compromiso estadounidense. Es probable que, en 1947, no se considerara notable el que hubiese

dejado esos límites sin especificar, pero los acontecimientos de 1950 dejaron muy pronto en claro que en la mente de Truman y en la de sus consejeros se preveía un compromiso global. La invasión de Corea del Sur por la comunista Corea del Norte en junio de 1950 sería el acontecimiento precipitador.

Teniendo en cuenta el clima de opinión y el nivel de acontecimientos existentes en 1950, la invasión de Corea del Sur se contempló únicamente y sin esfuerzo alguno como un empeño deliberado por parte de los dirigentes comunistas por extender ahora en territorio asiático la oportunidad de expansión en Europa que ahora les había quedado cerrada por el Plan Marshall y la Alianza del Atlántico Norte. Sin embargo, en la actualidad, aquel supuesto que se barajaba en la década de 1950 no parece explicar el hecho por completo, si bien existen escasas dudas de que la Unión Soviética apoyó y aprobó el ataque. Entre otras cosas, aún espera una explicación la ausencia del representante soviético en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, cuando podía haber vetado la resolución de apoyar a Corea del Sur. Incluso, cuando el secretario general le invitó a regresar, rechazó la oferta. Como resultado de esta ausencia, la decisión estadounidense de ayudar a Corea del Sur recibió la sanción moral de las Naciones Unidas y el apoyo material de varios de sus miembros. Por otro lado, y a pesar de las presuposiciones de Truman por aquel tiempo, la decisión de invadir el Sur no había constituido una manera deliberada de probar a Estados Unidos. Casi un año antes, el general Douglas MacArthur, jefe de las tropas estadounidenses en el Japón ocupado, había omitido en una conferencia a Corea de la lista de países de la región del Pacífico occidental que constituían el perímetro defensivo de Estados Unidos. Sólo seis meses antes de la invasión, el secretario de Estado Dean Acheson tampoco había citado a Corea al referirse a una línea similar. En resumen, la invasión podía haberse considerado un «riesgo menor». Finalmente, puesto que la división de Corea en una zona Norte y otra Sur era completamente artificial y sencillamente la consecuencia del callejón sin salida en el que se metieron Estados Unidos y la Unión Soviética en la posguerra, la invasión pudo haber sido el resultado tanto de ambiciones locales de los coreanos cuanto de objetivos comunistas más amplios, ya fuesen estos últimos soviéticos o chinos. En verdad, el protegido de los Estados Unidos en el Sur, Syngman Rhee, ansiaba de tal manera invadir el Norte y reunificar el país por

la fuerza que las autoridades estadounidenses le denegaron cualquier clase de equipo militar pesado por miedo precisamente a que llevara a cabo aquella acción y precipitara la guerra. Sin embargo, los soviéticos, aparentemente, no tuvieron tantos escrúpulos, y cuando evacuaron Corea, dejaron tras de sí un amplio equipamiento ofensivo militar para llevar a cabo un poderoso ataque contra el Sur.

La guerra de Corea tiene tanta significación para la historia mundial como para la política exterior de Estados Unidos. En el plano mundial, la guerra de Corea constituyó el primer ejemplo en la historia de seguridad colectiva practicada por una organización internacional constituida formalmente. El sistema funcionó exactamente de la manera en que los internacionalistas de la década de 1930 habían dicho que debía hacerlo. La agresión fue detenida por los esfuerzos combinados de las naciones del mundo. Sin embargo, y contemplándolo más de cerca, quedó evidenciado que el poder y la voluntad de una nación —los de Estados Unidos— fueron decisivos a la hora de poner en marcha un plan de seguridad colectiva. De todos modos, y estudiando el hecho aun con una mayor profundidad, quedó también muy claro que la voluntad estadounidense fue la de infundir energías principalmente porque se creía que detrás de la invasión de Corea se hallaba la Unión Soviética, el enemigo de Europa. En resumen, la intervención en Corea fue más un acto de «seguridad colectiva» que una prueba de la validez de la seguridad colectiva según había sido definida en la década de 1930; puesto que, sin existir el marco de referencia de la Guerra Fría y la recién creada OTAN, no queda claro que Estados Unidos hubiese intervenido sencillamente porque un ejército norcoreano hubiese invadido la zona sur de Corea. Más aún, según ha escrito el más notable historiador de este conflicto, «muy raras veces en el decurso histórico una gran potencia ha sacrificado tanto por conseguir tan escasas ganancias materiales [...]. Más bien, la decisión sobre Corea fue fundamentalmente una decisión política en el mejor estilo de la tradición jeffersoniana de idealismo estadounidense». Lo mismo que la propia política de contención, continúa David Rees, fue «una fusión de idealismo, ayuda económica, diplomacia y fuerza».

La guerra de Corea demostró ser para Estados Unidos tan formativa para la evolución de la política y de la acción en Asia, como lo había sido para el desarrollo de la política europea el hundimiento de Gran Bretaña en 1947. De la deci-

sión de intervenir en Corea, lo mismo que de aquella otra decisión más antigua de asumir las cargas de las que habían tenido que deshacerse los británicos, no se desprendía solamente aquella decisión primera de resistir a la agresión, sino también otras muchas. La más evidente y quizá la más desgraciada fue la de expansión del poderío militar y de los compromisos de Estados Unidos de manera espectacular. En tres años, el presupuesto de las fuerzas armadas se disparó desde los trece hasta los cincuenta mil millones de dólares. Charles Bohlen, diplomático estadounidense durante largo tiempo y experto en temas relativos a la Unión Soviética, señaló que, en 1950, Estados Unidos poseía únicamente las bases de la Alianza del Atlántico Norte y un puñado de ellas repartidas por Asia. Pero, en 1955, observaba que Estados Unidos podía contar con «unas cuatrocientas cincuenta bases repartidas por treinta y seis países, y se encontraba ligado por pactos políticos y militares a unos veinte países fuera de América Latina. Fue la guerra de Corea, y no la Segunda Guerra Mundial —concluía Bohlen—, la que nos convirtió en una potencial mundial política y militarmente». En términos políticos, la principal consecuencia de la decisión de resistir a la invasión norcoreana consistió en trasladar ahora a Asia aquella política de contención, creada en y para Europa y que había sido aplicada allí con evidente éxito.

Cuando, en el transcurso de 1945 y en la primera parte de 1946, los encargados de la política estadounidense decidieron que era necesario resistir al comunismo como fuerza militar e ideológica, se enfrentaron a una tarea formidable. El comunismo amenazaba con extenderse no sólo por Europa, sino también por Asia. Por ejemplo, a la retirada de los japoneses de China en 1945, los comunistas y los nacionalistas de Chang Kai-shek comenzaron una violenta guerra civil por el control del país. Estados Unidos ofreció a Chang algunos apoyos —lo mismo que habían hecho los soviéticos en 1945—, pero ese apoyo demostró ser una mala inversión puesto que los nacionalistas fueron incapaces de detener el rápido avance de los comunistas de Mao Tse-tung. Después de llevar a cabo un esfuerzo inútil en 1946-1947 por mediar en la disputa entre las dos facciones chinas, Estados Unidos se lavó las manos, abandonando a Chang, para dedicarse a evitar que la Europa occidental cayese bajo control comunista. En 1949, derrotado casi por completo, Chang abandonó el continente para trasladarse a la isla de Formosa, perseguido de cerca por los comunistas. Estados Unidos nada hizo.

Cuando en la Conferencia de El Cairo se prometió la entrega de Formosa a China, los funcionarios estadounidenses se dedicaron sencillamente a esperar que los comunistas prepararan la invasión de la isla para, de esta manera, liquidar la guerra civil. De manera muy significativa, el secretario de Estado Dean Acheson omitió también a Formosa, en el mismo discurso en que se había olvidado de Corea, al hablar del perímetro defensivo de Estados Unidos.

No obstante, esta política de no intervención de Estados Unidos en la guerra civil china tuvo un brusco final en la invasión de Corea en el verano de 1950, puesto que, al mismo tiempo que el presidente Truman ordenaba el envío de apoyo militar a los surcoreanos, ordenaba también que la VII Flota de Estados Unidos se estacionara entre Formosa y el continente. El objetivo ostensible consistía en evitar que ambos contendientes en la guerra civil china se continuaran atacando el uno al otro, pero el propósito que se escondía detrás de todo eso era el de evitar que los comunistas chinos atacasen Formosa, con lo que desbordarían la posición estadounidense en Corea. Y antes de que finalizase ese último conflicto, Estados Unidos se vería comprometido en una guerra con la propia China a gran escala, aunque sin declarar abiertamente, en las colinas de Corea del Norte. Quedó claro que esa guerra no se podría ganar a la usanza habitual y, por tanto, cesó más por mutuo acuerdo que porque uno de los dos bandos consiguiera imponerse al otro.

Para los estadounidenses, el que la guerra acabara de esa manera constituye otra importante consecuencia de la guerra de Corea. Durante la mayor parte de su historia, los estadounidenses se han encontrado situados en la posición inhabitual y afortunada de ser capaces de debatir lo que *debe* hacerse en política exterior, y no se habían visto limitados, como la mayor parte de las naciones, a discutir únicamente lo que es posible hacer. Sospecho que es ésa la principal razón por la que la política exterior estadounidense se haya discutido, a menudo, en términos morales más que en términos de poder. ¿Cómo fue posible que los estadounidenses disfrutasen de este lujo? Una de las razones que lo explican la constituye el hecho de que, ya desde un principio, los estadounidenses se vieron libres de la existencia de enemigos poderosos próximos. Ni España ni México eran fuertes, y Gran Bretaña, que fue su enemigo durante cierto tiempo, se encontraba muy lejos. Si la situación hubiese sido de otra manera, parece claro que los estadounidenses habrían aprendido muy pronto

las realidades y los límites normales de los asuntos exteriores. Otra razón reside en que, hasta bien entrado el siglo xx, en política exterior los estadounidenses tenían objetivos bastante limitados, incluso locales, tales como los de la adquisición de territorios a vecinos más débiles o los de controlar el Caribe. De ahí que su poderío nunca hubiese sido puesto a prueba. Más recientemente, cuando los objetivos de los estadounidenses se volvieron más ambiciosos, por ejemplo durante la Segunda Guerra Mundial, momento en el que Estados Unidos se hallaba luchando en dos continentes muy separados entre sí, los poderíos militar y económico estadounidenses marchaban al mismo paso. De esta manera, durante mucho tiempo aquella verdad manifiesta de que no existe nación omnipotente alguna, y que es conocida por todos los demás pueblos por experiencia, había estado oculta para los estadounidenses. Sin embargo, durante la guerra de Corea, los estadounidenses aprendieron que su poderío tenía límites, puesto que una guerra total contra China hubiera acarreado no solamente unos enormes gastos en vidas y en inversiones económicas, sino también incluso la utilización de la guerra nuclear. Para quienes no se habían convencido todavía con la experiencia de Corea, la guerra de Vietnam, más larga y frustrante, les demostró a la fuerza que, incluso para los estadounidenses, los objetivos en política exterior, lo mismo que su propia fuerza, ya nunca más serían ilimitados.

La intervención de Estados Unidos en Vietnam no sería una de las consecuencias menores de la guerra de Corea. Para todo el mundo es hoy en día evidente la división que existe entre la China comunista y la Unión Soviética. Pero en 1950 y en los años que siguieron no se podía sospechar que pudiera darse eso que hoy nos parece un lugar común. De hecho, en aquella época era un axioma tanto oficial como popular la creencia de que los comunistas eran todos parecidos, y que cooperaban y trabajaban juntos en los asuntos internacionales con tanta suavidad y eficacia a como lo hacían en el interior de sus propios países. Como consecuencia, la invasión de Corea se interpretó como una continuación de lo sucedido en la década de 1930, cuando el Occidente se hallaba demasiado dividido y se comportaba con un egoísmo nacionalista tan acusado que evitó la formación de un frente común contra Hitler y Mussolini. Como escribiría más tarde Harry Truman a propósito del ataque a Corea del Sur, «si se les hubiera permitido seguir avanzando sin que alguien les detuviese, eso habría significado la tercera guerra mundial, de

la misma manera en que incidentes similares desembocaron en la Segunda Guerra Mundial». Sin duda, el presidente estaba pensando también en acontecimientos más recientes acaecidos en Europa, donde la temprana cooperación entre Estados Unidos y los países de Europa occidental habían reducido sustancialmente la amenaza del comunismo y del poderío soviético. Por tanto, también se aplicó en Asia aquella política que tan bien había funcionado en Europa. El primer paso fue el de repeler la invasión de Corea del Sur, el segundo proteger a Formosa del peligro que suponía la China comunista y el tercero el apoyo a los franceses en Indochina.

Cuando los franceses volvieron a recuperar el control de su colonia de Indochina después de la derrota japonesa en 1945, Estados Unidos no estaba demasiado dispuesto a colaborar en la consecución de ese objetivo. De una manera general, Estados Unidos se mantuvo al margen del esfuerzo francés en su lucha contra el creciente nacionalismo asiático que estaba terminando con toda rapidez con el viejo colonialismo. Sin embargo, el punto de vista estadounidense cambió de manera radical ante el triunfo de los comunistas en China y el estallido de la guerra de Corea. Convencido de que una mano única dirigía las actividades del imperio comunista que se extendía desde el Elba hasta el Mekong, Estados Unidos tomó medidas en 1950 para apuntalar las amenazadas fronteras del mundo no comunista. Al mismo tiempo que Truman ordenaba a la VII Flota que se interpusiese entre Formosa y el continente, envió también consejeros militares para ayudar a los franceses en su guerra colonial contra el Viet Minh, grupo comunista contrario a los franceses. Finalmente, la ayuda estadounidense a los franceses en su guerra contra Ho Chi-minh alcanzaba el 18 por ciento del costo total de la guerra. Cuando, en 1954, los franceses demostraron ser incapaces o no tener ya deseos de continuar defendiendo los bastiones del anticomunismo en Asia, el secretario de Estado John F. Dulles organizó la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, emulando la exitosa OTAN europea. No obstante, la SEATO, al contrario que la OTAN, tuvo un escaso poder sustancial al margen de la contribución de Estados Unidos, puesto que no se incorporaron a ella los dos mayores países asiáticos no comunistas, Indonesia e India. Su formación fue, no obstante, testigo una vez más de la poderosa y continua influencia del ejemplo europeo en Asia. Pero aquello que tan bien había funcionado en una Europa avanzada in-

dustrial y políticamente, tuvo escaso éxito en un continente agrícola y políticamente subdesarrollado como era el asiático. Los aislacionistas de la década de 1930 habían tratado en su día de evitar la guerra aplicando ciegamente las «lecciones» de 1917, sólo para encontrar que no servían. De la misma manera, los dirigentes de las décadas de 1950 y 1960, al aplicar de manera mecánica las lecciones extraídas de los acontecimientos de las de 1930 y 1940, acabaron por conseguir una guerra devastadora en Asia y una división social en el interior del país. Antes de que la guerra acabara, habían muerto unos cincuenta y seis mil estadounidenses, muchos más que en Corea, habían sido asesinados cientos de miles de vietnamitas y quizá unos diez millones se habían quedado sin casa en un pequeño país sobre el que Estados Unidos había dejado caer más de tres veces la cantidad de bombas y de obuses de los que había arrojado sobre toda Alemania y Japón durante la Segunda Guerra Mundial. A los ojos de muchos habitantes del planeta, Estados Unidos se había convertido en el primer ejemplar de entre quienes detentan el poder con crueldad.

A pesar del enorme costo en sangre y en dinero (Estados Unidos gastó ciento cuarenta y un mil millones de dólares o, lo que es lo mismo, siete mil dólares por cada survietnamita), por vez primera la victoria no sonrió a las armas estadounidenses. En Corea, Estados Unidos había tenido que reconocer los límites del poder, pero había conseguido su objetivo. Sin embargo, en Vietnam el final fue humillante, puesto que significó el fracaso del intento de establecer un gobierno democrático duradero en Vietnam del Sur. Nunca hasta entonces había quedado expuesta tan al desnudo la impracticabilidad de la concepción moral estadounidense de la política exterior. La derrota significó también el fracaso de la política de contención, al menos de la manera en que había sido definida en Asia.¹⁵

La ignominiosa y precipitada retirada de los últimos estadounidenses ocupantes de la Embajada de Saigón cuando esa ciudad fue invadida de manera inesperada por el ejército norvietnamita en 1975 concluyó una era en la política exterior estadounidense. Cuando el presidente Lyndon Johnson se vio acosado por las críticas a propósito del compromiso estadounidense en Vietnam, se defendió diciendo que otros tres presidentes antes que él habían sancionado su política en Vietnam. Podía haber ido aun más lejos. La justificación ideológica de la actividad militar estadounidense en Vietnam

residía en que Estados Unidos buscaba la victoria del derecho en las relaciones internacionales con el castigo de los agresores. Fue ése el mismo objetivo defendido por Franklin Roosevelt en la década de 1940 cuando redactó la Carta del Atlántico e hizo presión para que Estados Unidos participase en las Naciones Unidas. Sería ése también el objetivo por el que había luchado Woodrow Wilson en Versalles y a lo largo y ancho del país en 1919. Y en un sentido algo distinto, pero también relacionado con él, fue el objetivo que habían defendido los Padres Fundadores cuando definieron a Estados Unidos como un país partidario de una nueva clase política exterior para sí mismo y para todo el mundo. Tendría que ser una política exterior que no se basase sobre el equilibrio de poderes o las esferas de influencia, sino sobre la justicia, la autodeterminación y la cooperación internacional.

Los Padres Fundadores contemplaban detrás de los asuntos particulares de las naciones una ley natural que era digna de ser seguida. Lo novedoso del siglo xx fue la idea de que Estados Unidos tenía la responsabilidad de velar por el cumplimiento de aquella ley. Los Padres Fundadores, lo mismo que los hombres y las mujeres del siglo xix, esperaban que para mantener la paz sólo se utilizasen la opinión pública y la fuerza moral; la fuerza militar quedaba reservada para defender intereses nacionales bien definidos. Fue primero Wilson, después Franklin Roosevelt y Harry Truman, y más recientemente Lyndon Johnson y Richard Nixon quienes trataron de colocar el poderío de Estados Unidos como salvaguarda de esa ley.

Sin embargo, la derrota en toda regla de Vietnam acabó con aquel período de expansionismo estadounidense realizado en nombre de un orden mundial. Fue evidente el rechazo por parte de los estadounidenses de la utilización de sus principios históricos. Las encuestas de opinión realizadas en 1975 recogían el hecho de que los estadounidenses se hallaban menos interesados en las cuestiones de política exterior de lo que lo habían estado durante decenios. La mayoría decía estar en favor del uso de la fuerza militar estadounidense en defensa de un país exterior a Estados Unidos ¡solamente en el caso de que se tratase de Canadá! Y ya en 1978, según una encuesta, casi las tres cuartas partes de los estadounidenses estaban de acuerdo en que la guerra de Vietnam había sido «más que un error: se trató de una acción fundamentalmente equivocada e inmoral».

Sin embargo, incluso después de Vietnam, la continuidad

en aquella visión del mundo que tienen los estadounidenses a largo plazo se podía advertir todavía en el énfasis que el presidente Jimmy Carter colocaba en la histórica preocupación estadounidense por los derechos humanos. Lo mismo que Woodrow Wilson antes que él, Carter creía en la existencia de una relación fundamental —algunos podrían decir desafortunada— entre los valores domésticos y la política exterior. Además, unos ciento cincuenta años antes, John Quincy Adams había expresado un punto de vista similar: «Estados Unidos, con la misma voz con la que proclamó su existencia como nación —decía en 1821—, proclamó a la humanidad los derechos inextinguibles de la naturaleza humana y las legítimas bases de gobierno.» En su primer comunicado al país, Jimmy Carter se refería al mismo asunto con una dureza algo mayor: «Porque somos libres, no podemos quedarnos indiferentes ante el hecho de la libertad en cualquier parte del mundo.» Y continuó diciendo que, mientras él fuera presidente, «tanto en el interior como en todo el mundo, el ejemplo de Estados Unidos y la influencia de Estados Unidos estarán dirigidos a hacer progresar la causa de los derechos humanos. Para establecer estos valores, hace dos siglos, una intrépida generación de estadounidenses —insistió— arriesgó sus propiedades, su posición y hasta la propia vida. Nosotros somos sus herederos». En 1980, la plataforma del Partido Demócrata recogía los puntos de vista de Carter. «Los derechos humanos no deben contemplarse sólo como un imperativo moral —se leía en ella—, sino como la única base segura y duradera sobre la que poder modelar un orden mundial verdaderamente estable.»

Después de la experiencia de Vietnam, Carter no estaba preparado para intervenir militarmente en los asuntos de otras naciones, como de hecho hizo Wilson, pero esa insistencia de Carter en la preocupación por los derechos humanos en la formulación de la política exterior hizo vibrar una fibra sensible entre los estadounidenses y también en otras naciones extranjeras. Incluso la nueva administración Reagan se vio obligada a nombrar un subsecretario de Estado para los derechos humanos y para asuntos humanitarios, aunque, durante la campaña presidencial, su dirigente no había sido en absoluto amistoso con el trato dado a aquella insistencia de Carter sobre los derechos humanos. En el extranjero, de manera especial en la Europa occidental, la causa de los derechos humanos recibió una mayor atención por parte de los

gabinetes de las diferentes naciones de la que se le había concedido en cualquier otro momento a partir de la década de 1930. Al menos en ese sentido, las actitudes de Estados Unidos en política exterior no cambiaron, mientras iban sufriendo una verdadera revolución a lo largo del siglo xx.

NOTAS

CAPÍTULO IX

1. El nivel de industrialización de Estados Unidos no era especialmente elevado; por ejemplo, la tasa anual era más baja que la de la URSS o la de Canadá. Pero el incremento absoluto que tuvo lugar en la producción estadounidense hasta 1929 superó con creces el de las mayores potencias industriales del mundo. Y, evidentemente, lo que es aun mucho más importante es el hecho de que el volumen de la producción de Estados Unidos excedía la de cualquier otro país al comenzar el siglo xx.

2. Ciertamente, por supuesto, el gobierno nada «dio» al hacer las concesiones de tierras. Serían los colonos que compraron las tierras a las compañías ferroviarias quienes contribuirían a la construcción del ferrocarril. Por lo general, pagó un precio más elevado al comprar a esas compañías que si hubiera adquirido las tierras al gobierno federal.

3. Cuando en 1902 tuvo lugar la huelga del carbón, el presidente Theodore Roosevelt tuvo ocasión de comprobar la dependencia que los dirigentes de la patronal habían asumido con respecto a la defensa gubernamental de sus intereses. En una carta dirigida a un amigo, Roosevelt le contaba cómo los empresarios mineros con los que había estado haciendo de intermediario rechazaron tratar con el sindicato e incluso «al menos en dos casos adoptaron hacia mí una actitud de insolencia [...] Uno de ellos dijo con toda franqueza, y varios más lo insinuaron, que iban a exigir que utilizase el ejército de Estados Unidos para defender sus intereses [...]. Se refirieron al proceder de Cleveland en los tumultos de Debs para presentar un paralelismo que evidentemente era ridículo o deshonesto por su parte...».

4. En 1789, el rector de las Iglesias Suecas en Pennsylvania decía ante la Sociedad Filosófica de Estados Unidos: «Las máquinas para el ahorro de trabajo humano son especialmente deseadas en Estados Unidos desde el momento en que no puede haber competencia entre ellas y los brazos de los trabajadores industriales mientras éstos tengan pleno empleo en las tierras; y éste debe ser el caso durante generaciones.»

5. Los orígenes sociales de los principales dirigentes empresariales de mediados del siglo xx parecen ser muy similares, según nos lo muestra Mabel Newcomer en *The Big Business Executive, the Factors That Made Him, 1900-1950* (Nueva York, 1955), p. 149. «El ejecutivo típico de 1950 —concluye la señorita Newcomer— ha nacido en Estados Unidos, es hijo de un pequeño hombre de negocios, independiente. Los ingresos de su familia eran moderados [...]. Sus padres se las arreglaron para que ingresara en un colegio mayor, para cuyos gastos él mismo contribuía realizando trabajos a tiempo parcial, fundamentalmente en verano.» Esta autora afirma que la educación universitaria